

1962

MANUEL VILLAR / ESPAÑA EN LA RUTA DE LA LIBERTAD / RECONSTRUIR

MANUEL VILLAR

# ESPAÑA

EN LA RUTA  
DE LA

# LIBERTAD



COLECCION

RADAR

EDITORIAL RECONSTRUIR

17

Pedidos a: EDITORIAL RECONSTRUIR  
Casilla de Correo 320 Buenos Aires

\$ 40.-

## TITULOS PUBLICADOS POR COLECCION RADAR

- 1 LA VOLUNTAD DE PODER COMO FACTOR HISTÓRICO,**  
por **Rudolf Rocker.** (Agotado.)
- 2 REIVINDICACIÓN DE LA LIBERTAD,**  
por **G. Ernestan.**  
Magistral ensayo, escrito en un estilo límpido, que condensa, en admirable síntesis, la concepción del socialismo humanista, del cual el escritor belga, fué uno de sus más brillantes exponentes.  
Un folleto de 64 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.
- 3 NI VICTIMAS NI VERDUGOS,**  
por **Albert Camus.** (Segunda edición ampliada)  
Un conjunto de trabajos del malogrado autor que definen su singular personalidad y la agudeza y claridad de sus juicios, en relación con acuciantes problemas de la hora.  
Un folleto de 96 páginas ..... \$ 30.— el ejemplar.
- 4 ANTES Y DESPUÉS DE CASEROS,**  
por **Luis Franco.** (Agotado.)
- 5 ORIGEN DEL SOCIALISMO MODERNO,**  
por **Horacio E. Roqué.**  
Constituye este folleto un interesante aporte al esclarecimiento de las cuestiones sociales. Su autor, estudioso de los problemas, proporciona una objetiva visión del Socialismo y un valioso elemento de orientación y de estímulos idealistas.  
Un folleto de 64 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.
- 6 EL COOPERATIVISMO PUEDE EVITAR LA GUERRA,**  
por **James Peter Warbasse.**  
Warbasse, teórico de la cooperación y figura mundial del movimiento cooperativista, hace una clara exposición de las causas fundamentales y de las consecuencias funestas de la guerra, ofreciendo principios para una solución del problema de la paz, sobre la base de una adecuada satisfacción de las necesidades humanas, asegurada por la gestión directa de los consumidores.  
Un folleto de 64 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.
- 7 CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO LIBERTARIO,**  
por **Agustín Souchy.**  
Selección de ensayos de crítica y de afirmación social, originales del escritor libertario Agustín Souchy, activo y apasionado estudioso de los problemas sociales de nuestro tiempo, a la vez que un observador sagaz, libre de prejuicios dogmáticos.  
Un folleto de 64 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.
- 8 ARTE, POESÍA, ANARQUISMO,**  
por **Herbert Read.** (Segunda edición.)  
Herbert Read, uno de los más destacados pensadores y críticos de arte de Inglaterra, desarrolla en este conjunto de escritos los principios que considera esenciales para la existencia de una sociedad digna de este nombre, es decir, libre, justa y humana. Partiendo de un enfoque personal y estético, Herbert Read reivindica la corriente ideológica que ha animado fecundas luchas sociales y que se sitúa en las antípodas del estatismo.  
Un folleto de 100 páginas ..... \$ 40.— el ejemplar.
- 9 ALEJANDRO KORN, FILÓSOFO DE LA LIBERTAD,**  
por **Francisco Romero.**  
La extraordinaria vigencia que mantiene a través de los años la obra del ilustre

## ESPAÑA EN LA RUTA DE LA LIBERTAD

MANUEL VILLAR

ESPAÑA  
EN LA RUTA  
DE LA  
LIBERTAD

Editorial RECONSTRUIR  
BUENOS AIRES

1962

COLECCIÓN RADAR  
Serie: PROBLEMAS SOCIALES DE NUESTRO TIEMPO

## Í N D I C E

	<i>Págs.</i>
Prólogo .....	7
Capítulo I: Ávido resurgir del sentimiento de libertad .....	19
Capítulo II: Contribución del carácter autóctono .....	24
Capítulo III: Las dos Españas .....	27
Capítulo IV: La segunda república .....	30
Capítulo V: Espíritu de la Confederación Nacional del Trabajo .....	33
Capítulo VI: La república en peligro .....	39
Capítulo VII: La España libre en las tareas de la guerra civil .....	45
Capítulo VIII: Descentralización y socialización de la iniciativa .....	50
Capítulo IX: Ensanchamiento de la libertad municipal de iniciativa ..	54
Capítulo X: Derrota de la República .....	56
Capítulo XI: El puñal de los vencedores ahonda la herida .....	59
Capítulo XII: El principio de una nueva apertura al porvenir .....	62
Capítulo XIII: El error de subestimar la potencia de la dictadura ....	68
Capítulo XIV: Una gran fuerza española a movilizar: el exilio, retaguardia del frente interior .....	71
Capítulo XV: Los combatientes del interior en la brecha .....	75
Capítulo XVI: La C. N. T. ante las responsabilidades en la lucha contra la dictadura .....	79
Apéndice: Las huelgas de abril y mayo .....	88

MIRANDO AL PORVENIR

Modestamente, casi anónimamente, Manuel Villar, que es la ponderación misma, encarnación de la pulcritud moral y del sentido de responsabilidad, viene ejerciendo en la prensa obrera de América y de España un apostolado educativo que sólo ha interrumpido su drama personal, en parte, desde 1939. Iniciado en la redacción y dirección del diario *La Protesta*, de Buenos Aires, simultaneó esta labor con la de secretario de la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT) y director de la revista *La Continental Obrera*, su órgano en la prensa. Continuó en años difíciles la tarea desde la dirección de *Solidaridad Obrera* de Barcelona hasta la guerra civil, y desde *CNT* de Madrid y *Fragua Social* de Valencia durante la lucha heroica de casi tres años contra el totalitarismo. Prosiguió en la brecha después de la derrota y fué en momentos muy duros de la resistencia clandestina contra la dictadura, secretario de la C.N.T. de España, sufriendo persecuciones.

Por su pasado, por su larga experiencia desde miradores de excepcional sensibilidad, Villar es uno de los hombres que tienen derecho a hablar y a expresar su pensamiento, que es el de la inmensa mayoría de los militantes del interior de España, cuyo mensaje trasmite en este trabajo.

La lectura de las páginas que siguen nos ha llevado a algunas consideraciones a veces amargas, pero no hemos podido evitarlas. Responden a heridas no cicatrizadas. Pero de todos modos hay

que rectificar actitudes en contradicción con las exigencias de la realidad y tener la valentía de mirar al porvenir sin preconceptos engañosos ni temor. La trágica situación de nuestro pueblo nos impone a todos la máxima dedicación a la causa de su libertad y la mayor sinceridad de pensamiento.

### LA VOZ AUSENTE

Los españoles tenemos algo, tenemos mucho que decir en esta hora.

La supresión violenta, dentro del concierto de las naciones europeas y dentro del panorama mundial, de una voz y de una tónica como la que podría ser característica de España, pueblo creador de derecho e inconfundible, capaz de audacias y de gestas salvadoras, no ha contribuido al logro de un equilibrio fecundo, de una estabilidad en la paz y en la justicia.

La ausencia de una comunidad histórica como aquella a que pertenecemos no ha sido un enriquecimiento para nadie, sino un desconcierto, un desmedro y una inseguridad para todos. No se borran a capricho del mapa cultural, político y social fuerzas o entidades arraigadas como son los diversos pueblos que, por razones geográficas o de origen, forman dentro de sus disparidades naturales y de sus conflictos internos, una especie de gran familia, con sentido propio e solidaridad y con un modo de ver y de realizar su quehacer que las distingue. Si la desviación de esos sentimientos de gran familia hacia la moderna teología del nacionalismo ha sido algo así como una peste negra, la conciencia de comunidad histórica que elabora experiencias comunes y muestra caracteres singulares y distintivos dentro del conglomerado continental o mundial de pueblos es un factor valioso y una expresión genuina cuya presencia hace siempre bien y es siempre útil.

Nada ganaría Europa con la eliminación violenta de los ingleses o los franceses, los alemanes o los escandinavos, los italianos o los eslavos; faltaría en el mosaico continental el aporte de que han sido y son capaces cada uno de ellos y el mundo se privaría de elementos de diferenciación y de cultura que nada sustituiría. Los valores fundamentales se afirman a expensas del ansia de hegemonía en mutua compenetración, en el mutuo reconocimiento,

en la práctica razonable y sana de la buena vecindad y de la solidaridad general a través de todas las fronteras.

Durante siglos fue España una potencia imperialista odiosa para muchos pueblos de Europa, de América y de Asia; había puesto el acento de su misión en la conquista y el sometimiento de otras comunidades bélicamente más débiles, menos adiestradas para la lucha o peor armadas. La historia juzga esos abusos de la fuerza y esos avasallamientos inicuos.

Otros pueblos tomaron luego como recurso para enriquecerse territorialmente, para abrir mercados para sus productos industriales o fuentes de materias primas para sus industrias, el ejemplo de nuestros antepasados, siguiendo también la ley de la selva o ajustando su acción al derecho del más fuerte, como nosotros habíamos seguido las huellas de macedonios y romanos, de árabes y carlovingios.

Los siglos de nuestra hegemonía mundial fueron el paraíso de aventureros de toda laya, sin escrúpulos y brutales, como los predecesores y como los sucesores. Y en esa comprobación sólo tiene relativo contrapeso el balance que los historiadores se esfuerzan por presentar luego de los beneficios indirectos de las conquistas para los conquistados.

Sin embargo se percibe que vamos a la persuasión de que es preciso poner fin ya al recurso permanente a la guerra para resolver las dificultades eventuales internas de las comunidades nacionales; no quiere esto decir que la idea de la guerra se haya eliminado, sino que ha adquirido tal nivel de peligrosidad que, si en las contiendas mundiales que hemos vivido en este siglo no hubo ya propiamente vencedores ni vencidos, sino únicamente vencidos, en la contienda que se prepara con armas nucleares se corre el riesgo de la extinción de la especie humana. Es decir, no habrá sobrevivientes.

España por suerte no sueña ya con imperios ultramarinos ni de ninguna especie, aunque algunos poetas trasnochados hayan hecho alusión a ellos en una hora lúgubre y con una absoluta inconciencia. Y se nos ocurre creer que, después de la última tentativa imperial de 1939-1945 hay un ansia creciente de entendimiento, de concordia, de paz y de trabajo.

Jamás ha contado la humanidad como ahora con tantos recursos científicos y tecnológicos para una economía de abundancia y una

vida feliz, y nunca ha derrochado el mundo tantas energías y tantos recursos como hoy para autoaniquilarse, reduciendo criminalmente el nivel de vida de las grandes masas sin provecho real para nadie, ni para los antiguos patriotas de las planchas blindadas.

Con poca dosis de sentido común, con un mínimo de capacidad para razonar, la humanidad podría transformarse en un vasto conglomerado de pueblos que, en diversos grados de cultura y de desarrollo, pueden hallar dentro de su territorio o en intercambio pacífico con sus vecinos próximos o lejanos, pues las distancias han desaparecido, medios abundantes para cubrir sus necesidades ampliamente sin lanzarse a asolar con la guerra territorios extraños poblados por seres humanos merecedores de respeto.

Para llegar a esa solución racional, la voz de España, curada definitivamente de sus aventuras imperiales, enriquecida por el dolor de muchas frustraciones, hace falta en el concierto de las naciones europeas y de las naciones de todo el universo. Sin dejar de ser lo que es, es decir sin dejar de ser España, puede dar un poderoso tributo como comunidad histórica que cifra sus ambiciones, no en declarar la guerra a nadie, sino en declarar a todos la paz y la justicia.

Hay voces individuales y aisladas en todos los países y en todas las lenguas que claman por el ejercicio de la razón y de la aplicación del sentido de la solidaridad a los problemas de la convivencia; merecen la admiración y el aplauso por su valentía y por su visión de la cruda realidad presente y de la que se presiente como amenaza. Pero en el punto crucial a que hemos llegado, la voz individual se pierde sin eco efectivo, sin el eco y el éxito que merece; es preciso que entren en acción comunidades históricas enteras, y España puede ser una de ellas, está madura para ser una de ellas, y su ejemplo suscitaría sin duda contagios salvadores.

Mientras algunas de las grandes potencias del momento se preparan febrilmente para la guerra ofensiva y defensiva y dividen al mundo en bloques cerrados y hostiles, con muros de cemento y alambradas de púa, España, si estuviese libre de la tiranía que le impusieron los poderosos de una etapa trágica de la historia moderna, se levantaría de su postración para declarar la paz al mundo, para esgrimir la idea de la paz, de la convivencia pacífica y del apoyo mutuo, y hay que prever que esta voz lograría con-

quistas más sólidas y más duraderas que las logradas en épocas anteriores en Europa, en América, en Asia y en África.

Si ambicionamos por sobre todas las cosas que España supere la crisis en que ha sido sumida para desviarla de la senda del progreso social y económico, no es sólo por motivos de justicia interna, por apremiantes que éstos sean, sino para que ocupe el puesto que queda vacante entre las naciones modernas y para que haga oír una voz de razón y de fe en mejores destinos.

No propiciamos la confusión babélica, el esfumamiento de pueblos y comunidades con firme arraigo, sino su respeto, su armonía en el interés común y en la solidaridad humana; queremos contribuir a la paz y a la justicia como españoles, como españoles que pueden dar muchas lecciones de provecho a otras comunidades y aprender de ellas también soluciones esenciales para la propia dicha.

La España que se distinguió por el vigor de sus armas, la audacia de sus soldados, la rigidez de sus inquisidores, está madura para ser una bandera de tolerancia y de convivencia pacífica. Con esa bandera podríamos lograr lo que no logrará la carrera armamentista moderna y suicida con artefactos nucleares, proyectiles teledirigidos y cohetes intercontinentales. La guerra es hija y es madre de la guerra; la paz tiene que surgir de la paz y de un estado espiritual de absoluta renuncia a la ley de la selva, como corresponde a los hombres del siglo veinte, que no quieren que se les compare a los hombres de las cavernas.

### ¿DONDE ESTA ESPAÑA?

Conviene situar los problemas que nos plantea la lucha por un porvenir más digno y equitativo para España de manera inequívoca. Primeramente conviene establecer dónde está España.

Cuando cruzamos 23 años atrás la frontera pirenaica, abatidos por una derrota inmerecida, contituíamos un éxodo impresionante, quizás jamás visto en el curso de los siglos. Más de medio millón de hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, fuimos a buscar refugio en los campos de concentración que improvisó Francia en sus landas desiertas para recibirnos. Se justifica que en aquel momento se pudiera tener la sensación de que España entera

abandonaba su territorio en un drama angustioso, no inferior en su horror a la expulsión de los moros y los judíos después de 1492.

Ya entonces, a comienzos de 1939, mientras las masas de refugiados en Francia o en el norte africano daban la sensación de que eran el pueblo español en una nueva y penosa diáspora, después de haberlo perdido todo, menos la fe y la esperanza en recuperar la tierra de promisión, fuimos de los que comprendimos que, pese a todo, España no éramos los fugitivos, por grande que fuese el número, sino la que quedaba, la que iba a gemir en las prisiones y campos de concentración, torturada y fríamente diezmada por los vencedores, la aplastada y amordazada por el totalitarismo victorioso a la vista paciente e inmoral de las democracias claudicantes. Desde Saint-Cyprien a Buenos Aires, pasando por muchos otros lugares en la peregrinación casi al azar, no nos hemos cansado de repetir que España era la que había quedado atrás, no la que había tenido la suerte de salir de sus fronteras.

Pero dado el número elevado de los que habíamos sobrevivido a la tragedia sangrienta, nos alentaba la posibilidad de constituir una verdadera potencia para ayudar, cooperar, dar la mano al pueblo del cual quedamos escindidos; creíamos que nuestra misión sagrada y nuestro deber supremo debían tener por centros permanentes en lo sucesivo la ayuda a los que quedaban, los millones de hombres y mujeres que iban a caer bajo el peso de la más despiadada y fría de las venganzas. No era para nadie un secreto que si habíamos soportado estoicamente casi tres años de lucha desigual contra las potencias totalitarias, la más cruenta y salvaje orgía de sangre y de terror iba a comenzar mientras nosotros pasábamos la frontera o cruzábamos el Mediterráneo.

Pero la posición de la emigración no fué positiva. Falló en percibir el alcance de sus responsabilidades, no acertó a organizarse solidariamente para proseguir en otros planos y por otros medios una lucha centrada en el rescate de nuestro pueblo. Se consideró a sí misma la representación de España y, dividida en banderías, dejó pasar los años confiando en soluciones milagrosas. Y con los años se perdieron ocasiones y se consumió buena parte de su caudalosa energía. Quedó sin organizar su inmensa fuerza para tener la posibilidad de pesar en los acontecimientos y el derecho a exigir por los méritos de la acción. Se entregó al juego de las conferencias, de los congresos, de las declaraciones infecun-

das. Escindida de la España real, eterna y sangrante, cayó en el error de ignorarla y abandonarla en su tragedia, si no en las palabras, sí en los hechos que son los que importan.

Hay que admirar el apego patriótico a una España que quiso abrir nuevas rutas a la historia, aún en aquellos que han ignorado siempre que eran patriotas. Pero ese apego fundado en las fantasías del destierro en las que se pierde el contacto con la realidad y sus claras exigencias, no fue de ninguna ayuda a los que en el interior combatían entre la espada y la pared, que tenían el derecho y confiaban en la solidaridad intensa de los que pudieron eludir la triste suerte de los vencidos. Los que quedaron en el interior afrontando la muerte y la prisión, esforzándose bravamente a costa de lágrimas y de sangre en reanudar los vínculos rotos y reiniciar la marcha interrumpida eran España, eran el porvenir. Y fue una gran fortuna que resistiesen también este aislamiento doloroso que los condenó a una precariedad constante en sus esfuerzos por remontar la corriente adversa de los hechos.

Y ocurrió entre tanto que las filas de la emigración han merma- do, por muchas causas, porque el tiempo es inflexible en su siega, y sobre todo por la atonía creada por falta de grandes misiones a cumplir. Este último factor ha sido una fuente constante de debilidad, contra la que, afortunadamente, parece iniciarse una reacción salvadora. El autor del trabajo que sigue destaca con la amplitud permitida por los límites del mismo la necesidad de este reencuentro fecundo en que la emigración está llamada a constituirse en retaguardia poderosa del frente interior.

Pues felizmente, y como era de prever, surgen en España nuevas generaciones con espíritu y modalidades nuevos. Muchos de nuestros valerosos sobrevivientes del interior las comprenden y las estimulan. La vida no es estática sino dinámica y trae con ella modificaciones a las que hay que realizar los ajustes oportunos. La dictadura ha sido impotente para frenar las inquietudes de nuestro pueblo. Y un gran servicio que la emigración puede prestar es intentar su aproximación a la España real dentro de una amplia perspectiva de continuidad histórica. Puede ser una fuerza moral en el exterior si se dedica a movilizar la opinión y a reunir elementos para auxiliar a los que en España pugnan en condiciones precarias y al precio de riesgos inmensos en encauzar voluntades y energías para la anhelada liberación.

La poderosa emigración que aún constituimos no puede justificar su razón de ser como parte de España más que si se resuelve a poner en España misma el centro de sus afanes y a cohesionarse en el exterior únicamente en función de fuerza auxiliar y generosa al servicio y bajo la inspiración de nuestro pueblo, del pueblo que perdura y agita, trabaja y sueña en tierra española.

Si nos llena de orgullo el espíritu de sacrificio, la abnegación y la jerarquía moral de tantos sobrevivientes del interior que mantienen contacto vivo con el pueblo al que pertenecen, y son así factores positivos de todo anhelo de resurrección, también nos enorgullece la conducta y la dignidad de millares y millares de nuestros compañeros del destierro. Por eso acariciamos la certeza de que verán con más claridad que nunca el panorama real y pondrán al centro de su máxima ambición en la ayuda a los movimientos y a las generaciones del interior que refloran en el seno de nuestro pueblo, subordinando a este fin las actividades de organización o partido en el exterior en el nivel y en la función impuestos por la gran tarea con la que estamos confrontados, de la que depende nuestra supervivencia y, en no pequeña parte, el rumbo de la nueva apertura hacia el porvenir que traerá la caída de la dictadura.

### LAS CENTRALES OBRERAS

Fue tema de discusión que hizo su aparición periódica en nuestra prensa y en nuestros congresos, desde la época de la primera guerra mundial, la cuestión de la unificación o alianza de las dos centrales sindicales españolas. Desearíamos cordialmente que esa cuestión fuese desterrada definitivamente por una solución racional del largo y apasionado pleito.

Una de las causas del atraso económico, político y social de España fue la nefasta escisión producida en el seno de la primera Asociación Internacional de los Trabajadores. Dejemos de lado ahora la amarga historia de los hechos que la motivaron.

Generaciones enteras se educaron luego en el odio, y se lanzaron a la lucha intestina con fanatismo religioso, sobre la base y la razón de tácticas divergentes que hoy podríamos juzgar con objetividad en sus aciertos y en sus errores.

Si el marxismo español ha pecado gravemente en su hostilidad y su difamación del anarquismo, que es una notable y genuina expresión de nuestro pueblo y de su vida cultural y polarizó siempre una definida e insobornable orientación socialista, popular y constructiva, al margen de toda intervención en los organismos del Estado y al margen de la hegemonía del sistema capitalista, también el anarquismo ha respondido con procedimientos similares a sus adversarios. Y esa lucha intestina, que no debió ocurrir, justificó y explicó la perduración de una dominación de clases y de castas en nuestro país mientras en el resto de Europa habían sido barridas por el progreso natural de las ideas, de la economía y de las instituciones.

A estas alturas puede parecer como manifestación retardada la tendencia a un acercamiento entre las dos centrales sindicales históricas, la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión General de Trabajadores, pero en todo caso tenemos la impresión de que su concordancia es un hecho irreversible que supera el divorcio condenable, ya sea en forma de alianza íntima o en forma de fusión completa.

No podemos olvidar lo que oímos más de una vez en labios de Francisco Largo Caballero, en el curso de nuestra guerra civil: "Si nos hubiésemos conocido antes como nos conocemos ahora, esto que pasa en España no hubiese acontecido".

Esa era, y esa es todavía, nuestra opinión también.

Quizás las circunstancias pesen en el porvenir más que todas las previsiones; cualquier profecía podría resultar frustrada. Pero en todo caso no podemos menos que declarar que sería un crimen contra España que volviesen a presentarse esas dos organizaciones hermanas como rivales y como enemigas.

Y no es eso todo.

Hace muchos años, pero antes de la segunda guerra mundial que se veía venir, uno de nuestros amigos y maestros, el doctor Max Nettlau, el más grande y respetado historiógrafo del socialismo, insistía sin desmayo en lo que podríamos pesar en el mundo en crisis con la bandera socialista enarbolada con generosidad y honradez. En su hora no prestamos toda la atención que merecían las exhortaciones de Nettlau para un acercamiento moral de todos los matices del socialismo sobre una base mínima de reivindicaciones y como baluarte contra la idea de la dictadura y del totali-

tarismo. La misión es hoy más actual y más necesaria que nunca.

El movimiento libertario español es desde sus lejanos orígenes una noble expresión socialista como idea, como actitud teórica, y también como realización práctica cuando la ocasión fue propicia. Hondas diferencias tácticas y en parte éticas aislaron el desarrollo de las dos ramas fundamentales del socialismo, la que quería triunfar mediante la lucha electoral y la que repudió ese procedimiento como desviación de la ruta auténticamente socialista, y así fue debilitada una fuerza que habría podido cambiar los destinos de España si hubiese permanecido vinculada bajo la misma bandera.

Unos y otros podemos recapitular las experiencias vividas y llegar a conclusiones sobre la metodología empleada hasta aquí; probablemente, guiados por un impulso sincero, todos tendríamos algo que rectificar y que corregir. La vida es superior a las doctrinas.

En homenaje a la salud futura de nuestro país y en homenaje a un porvenir mejor para el mundo, opinamos que si el entendimiento, la alianza o la fusión de las dos centrales sindicales históricas no podrá eludirse ya, también la reagrupación del socialismo en torno a una plataforma socialista, con unidad orgánica o con armonía solidaria, debe ser para unos y otros la línea rectora en la reconstrucción española futura, tanto en el orden local, en el regional y en el nacional, peninsular.

## LIBERTAD Y DICTADURA

No es esta la oportunidad para examinar el significado libertador del pensamiento socialista en general. Uno de sus postulados fundamentales fue siempre la libertad, una libertad con justicia, con solidaridad, con sentido humano. Un socialismo dictatorial es una aberración y un escarnio inadmisibles.

Por la parte que nos toca, desde que existimos como movimiento orgánico, y su punto de partida es secular, hemos venido propagando la libertad y la justicia como cimientos del orden social. Nos hemos rehusado, no hemos podido jamás concebir ni reconocer la idea de la dictadura como instrumento revolucionario.

La razón y la experiencia nos han enseñado que una doctrina

o un movimiento social o político que apelan a la dictadura, a la tiranía, al paredón para realizar su programa, para traducir en hechos sus propósitos, más que una revolución, encarnan el germen de la contrarrevolución, y en eso importa poco que los dictadores sean de la derecha o de la izquierda, que obren en nombre de los privilegios de las clases o grupos monopolistas dominantes o lo hagan en nombre de los trabajadores y de los actualmente desposeídos; el resultado ha sido siempre y siempre será la contrarrevolución. El socialismo es la libertad para todos, no privilegio para unos pocos o para una mayoría siquiera. Y la libertad a que aspira, a la que han dado lo mejor de sí mismas tantas generaciones, es hija y es madre de la libertad.

En ese punto pueden coincidir todas las manifestaciones auténticamente socialistas.

## DOBLE LLAVE AL ESPECTRO DE LA GUERRA CIVIL

Por suerte no está en nuestras manos de emigrantes el timón de la recuperación de España para el cumplimiento de sus destinos; habría sido esa una descalificación de la capacidad de nuestro pueblo para restañar sus heridas, para levantarse de todas las postraciones y echar a andar.

Desde el día siguiente de nuestra derrota y desde que tomamos el camino de la peregrinación y del destierro sabíamos lo que dijo un ilustre político español, ya desaparecido: que ambularíamos por el mundo más o menos años con permiso del enterrador; España era la que quedaba encerrada en su territorio como en una prisión y su salvación sería la obra de nuevas generaciones que habrían de retomar de algún modo la bandera de la eterna aspiración de justicia. Esas generaciones, un día abatidas y mudas, recuperarían el vigor y la voz para reclamar un cambio político y social, sin el cual España no podrá ponerse de pie, como corresponde a su razón de ser.

Los que hayan de ocupar el puesto vacante en la brega por la libertad, quizás no sientan ni piensen en términos de la guerra civil de que hemos sido actores; quizás la desconozcan, quizás tengan de ella la noción errónea que les haya llegado a través de las deformaciones de la mentira oficializada, es decir, de la inter-

pretación de su alcance y de su simbolismo hecha por los vencedores. Pero ni los vencidos ni los vencedores podemos ser jueces en este caso.

Ahora bien, esas generaciones que preveíamos que habrían de surgir, están ya en la hora de su despertar y comienzan a hacerse presentes en múltiples manifestaciones de descontento, de desasosiego y de rebelión. Hay que tener fe en ellas, fe en un pueblo que ha dado y que dará siempre legiones de mártires y de héroes, y hay que esforzarse por enlazar espiritualmente con la juventud impaciente que busca caminos de salvación y que los hallará; hay que comprenderla, secundarla y alentarla. Es lo mejor que podemos hacer desde lejos para ser útiles a la liberación española.

Para cumplir ese cometido nuestro, parangonando la frase de Joaquín Costa que quería echar doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar, decimos y repetimos que hay que echar doble llave al espectro de la guerra civil para que no perturbe el renacimiento y hay que mirar con fe hacia el mañana de nuestro país, donde no escasearán, por cierto, como no escasearon ayer, los recursos morales e intelectuales para salir del estancamiento y de la abyección en que ha sido sumido por una monstruosa confabulación de fuerzas retrógradas de dentro y de fuera.

DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

## I. AVIDO RESURGIR DEL SENTIMIENTO DE LIBERTAD

---

El tema nos lleva de la mano ineludiblemente al agudo problema entre libertad y tiranía planteado a los moradores de la península y a los que en el exilio anhelan la hora del regreso; a la lucha iniciada en forma de rebelión abierta en julio del 36 por una parte de los españoles y a sus consecuencias ulteriores. La España sublevada se remitió entonces al juicio de las armas en un intento despiadado por aniquilar lo que la otra España representaba en el orden de las ideas y como fuerza en movimiento. Intentó destruirla lisa y llanamente, eliminarla para siempre del campo de la acción.

En 1939, después de casi tres años de lucha cruenta y desigual, la España libre quedaba vencida por las fuerzas autóctonas de la reacción asociadas al fascismo peninsular y europeo, que por entonces alcanzaba la plenitud de su arrogante y deshumanizado poder. España fué remodelada a voluntad de los vencedores en un totalitarismo esquemático y antinatural que distorsionó su fisonomía y produjo un vacío mental de graves consecuencias.

Este intento de acuñar a golpes de troquel estructuras superpuestas a las corrientes vivas de pensamiento y acción de nuestro

pueblo, hijo de la fuerza bruta, se rigió por criterios de exclusión de todo lo que no estuviese directamente vinculado a los intereses y planes del grupo vencedor. El más crudo derecho de conquista fué convertido en ley suprema. La destrucción del adversario se verificó en la más alta escala posible. Los supervivientes de la resistencia a la dictadura pasaron a la condición de parias social y políticamente desarraigados de la propia tierra que les vió nacer. El grupo cerrado suplantó a la colectividad en sus funciones y erigió a su propio beneficio la pirámide del Estado todopoderoso. La sociedad española saltó de sus carriles, perdió su ritmo de marcha y cayó en un estancamiento que la mantiene a la zaga de Europa. Carente la nación de medios de crítica y control de los actos del poder, éste no tardó en corromperse en la impunidad resultante de su constitución exclusivista y totalitaria. No en vano se ha dicho que el poder corrompe, pero que el poder absoluto corrompe absolutamente.

El régimen imperante ha dispuesto de un cuarto de siglo para domar los impulsos de la sociedad española y moldear a su gusto la mente de las nuevas generaciones. Tuvo en sus manos todos los elementos precisos y los usó a fondo en tal empresa. El resultado de este arduo esfuerzo fué, sin embargo, un rotundo fracaso. No debe perderse de vista el carácter extraño de las instituciones de la dictadura a las tendencias de nuestro pueblo. La mayor parte de los españoles combatieron la insurrección franquista de 1936 con sobrehumana energía. Franco se impuso a España en abierta confabulación con Hitler, Mussolini y Oliveira Salazar. Las fuerzas que la rebelión se propuso destruir quedaron seriamente dañadas. Sufrieron una considerable mutilación de sus efectivos en las acciones de la guerra civil y en la sangrienta represión subsiguiente, fueron drásticamente apartadas de toda influencia en los acontecimientos,

pasaron por el proceso desmoralizador engendrado por la derrota, pero se rehicieron moralmente frente a todos los reveses y continuaron el combate. No sintieron el impulso de la fuga ante las responsabilidades de la acción. Encontraron en estas responsabilidades un elemento tónico de grandeza. Constituyeron los primeros núcleos organizados de resistencia a la dictadura en condiciones que demandaron una extraordinaria capacidad de sufrimiento y heroísmo. Gradualmente España se sobrepuso a la confusión de la derrota y otros núcleos de descontento fueron brotando en todos los ambientes de la vida nacional. Las nuevas generaciones adoptaron a su vez una posición crítica frente al vacío paralizador producido por la dictadura, que se tradujo en gestos audaces de antagonismo.

El hombre tiende siempre a la libertad. El sentimiento de libertad puede aletargarse en las épocas propicias, pero se renueva y convierte en espíritu de peligrosa aventura en las épocas oscuras en que el hombre es humillado y desconocido. Ninguna dictadura puede bajar la guardia sin que este sentimiento adquiera amplitud arrolladora. La presión de los tentáculos de los aparatos de sujeción ha de renovarse continuamente. Esto es particularmente cierto en el caso de España.

En la península esta lucha adquiere un sentido de urgencia vital y trasciende a los fuertes núcleos de exilados dispersos por el mundo. En el interior, que ha soportado todo el peso de una represión abrumadoramente fría y despiadada, se caracteriza por un aumento de la audacia en las formas de expresar el repudio a la dictadura, por un afanoso tanteo en las sombras en busca de un camino de salida. Nuestro pueblo, repetimos, no ha sido domesticado ni vencido por el adoctrinamiento. Todas las técnicas de la propaganda, todos los recursos de la prensa, de la radio y de la televisión, de la escuela y de la religión, todas las sutiles presiones psicológicas del temor, alter-

nadas con francas y brutales reacciones terroristas, fueron articuladas y manejadas para lograr la uniformidad en el envilecimiento mental y la sumisión física al dictador. Habría cabido esperar en las generaciones que no conocieron la guerra civil sentimientos prefabricados de docilidad. El fracaso en este aspecto invalida la victoria militar del franquismo y convierte en algo tremendamente absurdo la permanencia del régimen en el poder.

Se consume en la península un proceso de aislamiento de la dictadura, actualmente huérfana de todo respaldo de opinión, enfrentada con el grueso de la nación y obligada a multiplicar las leyes de represión con el mismo contenido de violencia y espíritu de venganza típico de la guerra civil y de los años inmediatos a la misma. Las corrientes de oposición se multiplican y acabarán en el interior por encontrar cauces comunes y movilizar las inmensas fuerzas potenciales de nuestro pueblo en la búsqueda de su libertad. La victoria militar en la guerra se ha hecho así estéril en las manos de Franco. A un cuarto de siglo de distancia ve los frutos ansiados convertidos en frías cenizas que se escurren entre sus dedos. Conserva a su lado como fuerzas esenciales de sostén el clan militar y el grupo de los obispos, fieles por los crudos intereses de los privilegios materiales, prodigados sin tasa por la astucia y la pasión de poder que en Franco sustituyen a las auténticas cualidades del estadista. Pero las cenizas son un mal ingrediente. No sirven para cementar ese algo más que toda dictadura necesita para cubrirse con la capa de la popularidad y justificar la necesidad de su dominio. Su poder para resistir queda cada vez más relegado al uso desnudo de la fuerza, ciertamente formidable puesto que gran parte de las energías nacionales han sido dedicadas a nutrir el aparato de esta fuerza, pero lejos de ser invencible.

El franquismo ha constituido en todos los sentidos un fracaso como experiencia totalitaria para edificar una nación económicamente fuerte, para devolverle la grandeza imperial de antaño, para sustituir la libertad mental por la autoridad del dogma como en los buenos tiempos de los padres inquisidores y para producir la obediencia ciega al imposible jefe destinado por la gracia de Dios a encarnar la voluntad de España. Ha fracasado también en la empresa de destrucción ideológica y física de las fuerzas y los hombres que se oponen a esta especie de "destino manifiesto". La relación de fuerzas se invierte paulatinamente y está en trance de rendir excelentes servicios a un nuevo resurgir de España. Para los que en el interior han sobrevivido a las vicisitudes de la lucha, esta perspectiva es cierta. Sumergidos en la realidad española, parte viva de la misma, actúan en consonancia con los impulsos vitales que urgen a romper el dogal que paraliza y asfixia las energías creadoras de nuestro pueblo.

A esta situación había de llegarse, pues las fuerzas que el franquismo condenó a muerte no pueden morir. Resurgirán siempre de sus cenizas como el ave Fénix. No son fuerzas circunstanciales ligadas a lo accesorio, a lo puramente contingente y perecedero. Vienen del pasado, están en nuestro tiempo y se insertan en el porvenir. Representan tendencias históricas y biológicas a la libertad, a la justicia social y al pleno desarrollo del hombre y de la especie. Están dentro de España y más allá de España, fundidas en corrientes permanentes que recorren su camino salvando los obstáculos.

## II. CONTRIBUCIÓN DEL CARÁCTER AUTÓCTONO

---

Pero hay algo más, y este algo más es la propia contribución del carácter español a los resultados que vamos anotando. Pertenecen al terreno de las conjeturas toda discusión sobre el impacto que en otros pueblos habría producido la sobrehumana presión a que los españoles se vieron sometidos. Las reacciones populares son siempre producto de causas complejas. Alemania, por ejemplo, con poderosos movimientos marxistas, dejó el paso libre a la conquista del poder por Hitler. España, en plena eclosión de energías renovadoras, defendió bravamente su libertad. Limitémonos a señalar que la legendaria capacidad de nuestro pueblo para resistir la adversidad es uno de los factores que le impidieron caer en el desaliento. Su temple no falló pese a lo duro de la prueba.

Primero fueron los años de la guerra civil en que casi inermes hicimos frente con hercúleo esfuerzo al poder del fascismo europeo y a las fuerzas peninsulares de la reacción, desatadas en avalancha contra nuestra osada tenacidad. Doquiera volviéramos la vista no encontraremos en los tiempos modernos un ejemplo más alto de valor y de conciencia. Después sobrevino un drama mayor aún, el de una represión tan costosa en vidas

humanas como la propia guerra civil, y el intenso esfuerzo en que se coordinaron todos los recursos del Estado para hacer de España un gran cuartel de reclutas obedientes. Y bien, la dictadura cosechó las cenizas del fracaso, y los españoles, sojuzgados por la fuerza pero nunca convencidos ni rendidos a discreción, conservaron para sí la esperanza, que es fuente de renovación y de dominio del porvenir. La esperanza les pertenece. Flota sobre todos los reveses. Esta no la pudo secuestrar la dictadura. Hoy asume perfiles de posibilidad libertadora.

“Los estudiosos de la cultura española parecen estar de acuerdo —dice Bernardete— en que los iberos tenían capacidad para soportar la inclinación somática y psíquica a sentir el dolor. En los tiempos actuales los españoles prefieren llamar *senequismo* al estoicismo, recordando que Séneca desarrolló el estoicismo según una modalidad plena y original. La resistencia al dolor, a la blandura psicológica, ha caracterizado al español tanto en la guerra como en condiciones históricas desfavorables”. Este juicio ayuda a comprender la resistencia interna a la tentación de entrega, la recuperación de sí mismos que se observa en gran número de españoles de la generación actual, preparada para servir de plástica argamasa en las manos de la dictadura, pero volviéndose contra ella con un sentido de responsabilidad creciente.

No creemos en la inmutabilidad de los rasgos de los pueblos, en la permanencia en el tiempo de las llamadas “virtudes nacionales”. Suecia era siglos atrás una nación extremadamente belicosa y en la actualidad se distingue por su prudente pacifismo. Los alemanes constituyeron hasta épocas muy recientes un verdadero mosaico de diversidades irreductibles, marchando a la zaga de Europa en cuestiones de unificación nacional. Sólo a partir del siglo pasado, penetrados por el prusianismo, desarrollaron un nacionalismo impetuoso y agresivo que encon-

tró en el nazismo su forma más virulenta y peligrosa de expresión. Pero al habitante de la península ibérica no le ha sido dada la posibilidad, en este particular aspecto estóico de su carácter, de producir cambios que habrían debilitado su capacidad de resistencia física y moral a la adversidad. Siempre o casi siempre vivió en condiciones desfavorables. Siempre la vida exigió de él un alto esfuerzo. En su historia, la paz es una condición prácticamente desconocida. A la aspereza fundamental del suelo se sumaron en los últimos siglos el atraso económico y la decadencia de sus instituciones políticas, con el consiguiente estancamiento social. Este estancamiento operó contra la fusión de los pueblos peninsulares. Protegidos éstos por barreras geográficas en un país pobre y mal comunicado, mantuvieron intactas sus lenguas, costumbres y tradiciones diferenciadoras. No hubo el efecto amortiguador de una cultura unificadora porque la cultura se hallaba de hecho prácticamente extinguida.

Duro y austero, el español hizo de estos rasgos una actitud vital, la única posible dadas las circunstancias. Cuando llegó el impulso renovador, echó firmes raíces en la tenacidad del carácter español así forjado. Y cuando la dictadura contuvo provisionalmente este impulso, nuestro pueblo estaba preparado para resistir todas las presiones, sobreponerse a los efectos desalentadores de su grave derrota y tantear obstinadamente los caminos de salida a un destino mejor.

### III. LAS DOS ESPAÑAS

---

En el siglo XIX hay en España un esfuerzo consciente para salir del atolladero de la decadencia, del absolutismo y de la intolerancia religiosa. Sólo en los últimos siglos se afirmaron estas tendencias negativas contra la vigorosa vida cultural y la libertad de manifestación de que nuestro país fué raro ejemplo hasta principios de la Edad Moderna.

Es el siglo XIX un siglo de pronunciamientos, de experiencias liberales alternadas con períodos de reacción. España ha perdido sus colonias, y finalmente la última de ellas, Cuba, en 1898. Ha tenido la fugaz constitución de 1812, la más avanzada en su tiempo de Europa. Ha visto surgir y extinguirse la primera República. Ha nacido el movimiento obrero. La Generación del 98 produce dinámicas corrientes intelectuales que sacuden el sopor de la nación y la despiertan a la conciencia de su responsabilidad. Resuena la voz atronadora de Costa. Giner de los Ríos prepara una promoción de hombres notables en su instituto libre de enseñanza, que polariza la inquietud mental y le da firmes bases constructivas. Se ha iniciado un proceso de renovación que irá ganando en anchura y profundidad. España se despereza y vuelve a contar en el mundo en el orden de las ideas. Vuelve a ser una fuerza en marcha.

Es al conjunto de estos hombres y corrientes sociales, políti-

cas y culturales lo que se ha dado en llamar una de las Españas. La otra es la que a todo evento se parapetó en la tradición. Reaccionó negativamente a la incitación de la gran empresa histórica, se negó a moverse hacia adelante. Acentuó su aislamiento social, se refugió en el melancólico recuerdo de las grandezas pasadas y, temerosa de la suerte de sus privilegios en aquel pujante ascender de la vida, tornose sensiblemente desconfiada y agresiva. Se replegó en la línea más reciente de la tradición española y en la más extraña al carácter de nuestro pueblo: en la línea del absolutismo político importado por los Austrias y del intransigente dogmatismo eclesiástico que vació al cristianismo de energía espiritual y desembocó en una estéril maraña de ritos y supersticiones.

Ésta es la tradición que se superpuso a las prácticas anteriores de tolerancia religiosa, de libertad mental, de instituciones agrarias de signo comunitario y de activa vida municipal de otros tiempos en que tres formas de manifestación, la ibérica, la musulmana y la judía se vigorizaron mutuamente, realizaron el experimento de la convivencia pacífica y vertieron en la Europa medieval las ideas originales de sus pensadores.

La nueva modalidad de centralización del poder, asociada a la intolerancia religiosa, consagró la omnipotencia de la Inquisición y terminó de consumir la expulsión de los moros y de los judíos con sus desastrosos resultados. Y condujo andando los siglos, en un último intento de totalitarismo desenfrenado, a una mutilación aún más radical, la que sufre actualmente España con la segregación de la vida nacional de vastos sectores dinámicos y progresivos de nuestro pueblo, agravada con la huida al extranjero de hombres capaces en todas las esferas de actividad y de un núcleo importante de representantes esclarecidos de la cultura española. Sí, la tradición anterior de libertad creadora fue sofocada, y en su lugar tuvimos las em-

presas por el dominio de Europa y por la implantación a punta de lanza del dogmatismo uniformador del catolicismo, consumiendo las energías nacionales en un intento vano de torcer el curso de la historia cuando ya Europa había emergido a una nueva libertad a través de la revolución renacentista.

Esta tradición antilibertaria, asociada al fascismo moderno en su póstuma empresa, dio nacimiento al mestizaje falangista-conservador y agotó para la sucesivo todas sus posibilidades. El fascismo arrastrará consigo en su caída a las fuerzas orientadas hacia el pasado que le apoyaron. Sean cuales sean las formas en que España renazca estas fuerzas habrán perdido para siempre su poder de gravitación. La España nueva no podrá ser nunca más su presa, ni estar subordinada a los caprichos de los militares constituidos en grupo cerrado.

El renacimiento iniciado en el siglo XIX trajo consigo una búsqueda afanosa de salidas a la ruina en que nuestro pueblo se hallaba sumido. Creó el retorno a esa conciencia de la responsabilidad personal que hostigó a nuestros hombres mejores empujándolos a la acción. De estas inquietudes nació un vigoroso y heroico movimiento social que encontró en los sindicatos de la CNT originales formas de expresión. Paralelamente se desarrolló también la rama socialista del movimiento obrero. Originó un rápido y efectivo florecimiento cultural y sentó las bases del pensamiento político de signo democrático y de los partidos que encontraron en este pensamiento su inspiración. Pero entre todos, el más pujante de los impulsos renovadores era el que representaba las aspiraciones de los trabajadores y de los campesinos, promovía la esperanza en la justicia social y en la libertad y organizaba la acción de los productores haciéndola gravitar con poder creciente en los destinos nacionales. Este proceso de dimensiones vastísimas es el que a su debido tiempo desembocó en la República del 31.

#### IV. LA SEGUNDA REPÚBLICA

---

Nació ésta como consecuencia del incontenible despliegue de todas las fuerzas partidarias de cambios sustanciales en las anticuadas estructuras económicas y políticas. No debemos olvidar que el impulso que la hizo brotar venía saturado de fuertes ansias populares de justicia, y que los trabajadores fueron en última instancia su escudo protector cuando llegó la hora de las grandes decisiones. Se vio claro desde el primer momento que la reacción, sorprendida y desorientada por los acontecimientos pero intacta en sus casamatas, no aceptó el veredicto popular de las elecciones del 12 de abril. Pasado el estupor de la derrota empezó a organizar su contraataque. Un año más tarde se producía en Sevilla la revuelta del general Sanjurjo contra la República. Para que no haya confusiones en cuanto a la continuidad de este esfuerzo por frustrar las esperanzas de nuestro pueblo, conviene recordar que este mismo general fue el designado para asumir el mando de las fuerzas rebeldes en julio de 1936. Su muerte en accidente de aviación labró el destino de Franco.

La República siguió una política moderada con fuerzas hostiles que no conocían la moderación, que temían por sus privilegios contra los que, desgraciadamente, no se desató ninguna

ofensiva formal. La reforma agraria, necesidad fundamental del agro español, que habría cambiado las duras condiciones de vida de los labriegos y que venía además implícita en el propio nacimiento de la República, se realizó tímidamente sobre el papel pero no en la práctica. Recordemos que la invasión de los predios de los amos de la tierra, después de las elecciones de febrero de 1936, en distintos lugares de España, alcanzó su punto crítico en los sangrientos sucesos de Yeste, en vísperas de la insurrección de julio. Abordada sin titubeos, una reforma fundamental de la estructura de la propiedad de la tierra habría desarticulado el poder económico que los terratenientes usaron después contra la República.

La ley militar de Azaña no afectó la constitución reaccionaria del ejército. Los generales que organizaron la conjura que acabó con la República quedaron en sus puestos a la espera de la ocasión propicia para asestar el golpe. La República se comportaba como si tales núcleos insertados en la vida española practicasen el juego limpio, como si con el ejemplo de una invitación civilizadora a asociarse a las nuevas instituciones, a integrarse a la vida de la nación, estos núcleos refractarios serían inducidos a renunciar bruscamente a su esencial naturaleza interna.

Ya Ortega y Gasset había dicho refiriéndose a la institución militar: "Ejército aislado, desnacionalizado", "sin trabazón con el resto de la sociedad", "sin respeto hacia ella y sin sentir su presión refrenadora", "un puño cerrado moralmente dispuesto para el ataque". Definición que puede hacerse extensiva a todos los grupos reaccionarios de entonces, pues todos se sienten egoístamente desvinculados de las responsabilidades sociales y al mismo tiempo intérpretes únicos y dueños efectivos de la nación. Constituyen el legado de la descomposición de la España absolutista, orgullosa y ferozmente intolerante de los úl-

timos siglos, y es ése el espíritu que conduce en línea recta a la guerra civil y al estado actual de cosas.

Contra fuerzas así configuradas y decididas a cegar los cauces abiertos al cambio social tenía ineludiblemente que chocar el movimiento obrero, vanguardia de las energías orientadas hacia la transformación de la sociedad. La posición combativa de los sindicatos venía de antemano prefijada por la naturaleza de los sectores contra los que tiene que combatir con uñas y dientes para afirmar un derecho a la existencia continuamente negado. Si algo importaba entonces era marchar hacia adelante, desarrollar condiciones más justas, consumir y no frenar el ímpetu del impulso aprovechando sus posibilidades creadoras. Abramos un paréntesis para caracterizar lo que en España representaba entonces la rama libertaria del movimiento obrero.

## V. ESPÍRITU DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO

---

La Confederación Nacional del Trabajo (CNT) interpretó la República como una apertura hacia el porvenir, no como un punto de llegada. Nuestro movimiento era portador de tendencias que tenían profundas raíces en la vida peninsular. Era el heredero de una tradición de democracia directa, de municipalismo y de federalismo, y fundía estas tendencias en una concepción revolucionaria nueva capaz de superar la explotación del hombre por el hombre y de eludir los escollos del superestado deshumanizado en que han naufragado tantos intentos de construir el socialismo.

Viene de muy atrás. Sucede al gremialismo y rebasa a estas alturas el siglo de existencia. Tenía en 1855 la suficiente fuerza como para producir en Barcelona la primera huelga general por el derecho de asociación. Se ha llamado de muchas maneras a lo largo de su accidentada existencia, pero es siempre el mismo movimiento en sus aspiraciones manumisoras y en la profunda generosidad de su espíritu.

Cada movimiento prepara a sus hombres de acuerdo a los fines que constituyen su meta. La CNT, que creció sin tregua hasta constituir en el 36 la fuerza social más poderosa, los

educó para la libertad y la solidaridad, las grandes fuerzas estimulantes de una organización de auténtica vida socialista.

Hemos sido testigos en el Bajo Aragón, después del movimiento de diciembre de 1933, de hermosas manifestaciones espontáneas de esta educación. Cuando la mayor parte de los hombres de algunos pueblos de la comarca de Valderrobres se encontraban en prisión por la parte que tomaron en dicho movimiento, las tierras quedaron sin brazos. Acudieron a labrarlas las mujeres y los hijos de los presos, como era de rigor. Pero acudieron también hombres que se habían salvado de la prisión en los pueblos respectivos. Y espontáneamente, campesinos de poblaciones que no habían sido sacudidas por el movimiento. Fue una hermosa manifestación fraternal de ayuda mutua.

Este es el espíritu que antaño había conducido en Barcelona a la negativa de los obreros panaderos a fabricar pan con harinas averiadas y al boicot que en tiempos más recientes paralizó durante años la construcción de la cárcel de mujeres.

Nos referiremos ahora con alguna amplitud a la más imponente manifestación de fraternidad social de que dio ejemplo un pueblo penetrado por los ideales de la Confederación, dos años antes de julio de 1936. Se trata del movimiento de solidaridad con los trabajadores de Zaragoza que se produjo en Barcelona y se extendió con la celeridad del rayo a Madrid, Valencia y otras poblaciones. De resultas del mismo fue clausurada *Solidaridad Obrera* y la historia de este magno suceso quedó sin hacer. Cuando el diario volvió a salir, otros problemas urgentes reclamaron su atención. Apenas algún comentario de pasada recordó lo que, por otra parte, había quedado marcado a fuego en la mente de un pueblo. Quizá sea el recuerdo que ahora le tributamos el primero que haya trascendido los límites peninsulares.

Vencido el movimiento de diciembre de 1933, la CNT aragonesa sufría la consiguiente postración. Pero el 1º de mayo

de 1934, la ciudad, como de costumbre en tal aniversario, paralizó sus actividades. Hubo esta vez despido de trabajadores en represalia, y nuestros sindicatos exigieron su readmisión con una huelga general que no conoció en su transcurso ni una sola defección. La patronal consideró llegado el momento de aplastar a los sindicatos y no cedió. Juzgó que ésta era su oportunidad, la oportunidad de una fácil victoria. Pasó una semana, y otra y otra. Imaginad la terrible inercia de una gran ciudad paralizada totalmente durante semanas enteras. La situación de los trabajadores era desesperada. De un momento a otro podía derrumbarse la heroica resistencia. Faltaba el pan en los hogares y no se percibían signos de debilidad en el frente adversario, arrogante y seguro de sí mismo. Al aproximarse el mes de huelga general la situación tornóse increíblemente tensa. Tan tensa que podía conducir a actos desesperados o romperse la magnífica unidad de la ciudad frente a la calculada y pétreo actitud de la patronal aragonesa.

Conmovidors por la dramática situación, realizamos desde *Solidaridad Obrera* un llamamiento para acoger en Barcelona a los hijos de los huelguistas, liberando a los padres de su preocupación mayor y capacitándoles para prolongar su abnegada resistencia. Cuando aquella madrugada *Soli* salió a la calle llevaba unas pocas firmas iniciando una suscripción con estos fines: las de su personal de redacción y administración y las de los componentes del Comité Regional de Cataluña. El efecto fue fulminante. Apenas comenzó a circular el diario, los lectores que acudían al trabajo desviaron sus rutas, y aquella mañana, al abrir *Soli* sus puertas para la cotidiana tarea, la calle estaba bloqueada por un gran gentío que fue creciendo a lo largo del día y que docenas de mesas atendidas por febriles voluntarios no bastaban a descongestionar. La gente llegaba de todas partes a depositar su contribución y a anotarse

para recoger en sus hogares a los hijos de los huelguistas de Zaragoza. Aquel mismo día se improvisó una larga caravana de autobuses con una delegación al frente de *Soli* y del Comité Regional que partió en busca de los niños. El retorno de la caravana con los hijos de los huelguistas se anunció para las seis de la tarde de un domingo, en la sede del diario confederal.

Ya a las cuatro era difícil transitar por las calles adyacentes. A las seis el gentío era enorme. Barcelona estaba allí dando testimonio de emoción humana y solidaridad fraternal. Éste fué el momento escogido por la policía para atacar. Llegó de improviso, descargó sus armas, dejó su saldo de víctimas y clausuró el diario. Parece una pesadilla, una alucinante creación de la fantasía, pero es la verdad, Sigamos el relato.

Esta primera expedición de niños de Zaragoza llegó con un retraso de muchas horas, y entró en una Barcelona agitada por los acontecimientos por caminos desviados para eludir a las fuerzas de orden público dispuestas a detenerla. El retraso tiene una explicación. Ocurrió que las poblaciones de toda la ruta salían a esperar a los niños de Zaragoza con comestibles y obsequios y les vitoreaban. En cada población, ciudad o aldea el arribo de la caravana producía explosiones de entusiasmo y solidaridad. Y los niños no llegaban vencidos por la fatiga y adormilados sino aclamando con voces ya roncadas a la huelga de Zaragoza. Clausurada *Soli*, los niños fueron entregados a las familias obreras que los acogieron en el Centro Aragonés, en un ambiente de tensión y vigente ya la huelga general de 24 horas declarada contra la agresión de la policía.

Con un par de días de diferencia los mineros de Sallent organizaron otra expedición, y aquella población montañesa de rudos productores se llenó de niños de Zaragoza. Otra expedición se organizó con destino a Barcelona, pero fué interceptada a su llegada por fuerzas de asalto y los niños condu-

cidos a un hospicio. Aunque éstos fueron rápidamente rescatados por una comisión de padres llamada con urgencia, los niños tuvieron tiempo sobrado de manifestar su indignación arrojando por las ventanas los muebles y enseres que fueron capaces de alzar asociando sus fuerzas. Pero su retorno, no a Zaragoza sino a Valencia, donde ya había llegado otra expedición, así como a Madrid, se hizo hasta la frontera catalana bajo fuerte escolta de la guardia civil, sin permiso para detenerse en ningún punto del territorio catalán. Se hizo alto en Fraga, primera población aragonesa, donde se proveyó a los niños de ropa, calzado y alimentos. Este desvío se produjo para dar la impresión de que los niños retornaban a Zaragoza. Otras expediciones sucedieron a ésta, pero no más a Cataluña.

Y bien, fué entonces la patronal aragonesa la que se derrumbó de golpe. Se esfumó su arrogancia y dió a la CNT de Zaragoza, al mes de lucha, su hora culminante de gloria. Quizás una huelga general nacional no la habría hecho vacilar. Pero rindió las armas al humano impacto de esta poderosa expresión de ayuda mutua, practicada en su forma más noble y hermosa.

Los niños continuaron en Barcelona hasta casi dos meses después del final de la huelga. Donde había escuelas confederales acudieron a ellas. Fueron vestidos, calzados y cuidados como hijos propios por las familias obreras que les acogieron.

La CNT fiscalizó en todos los casos la atención prestada a los niños. Les ayudó a su vez y constituyó un servicio médico por zonas, que recorría los domicilios en forma rotativa, examinaba a los niños, daba orientaciones y les atendía en caso de enfermedad. Los que llegaron enfermos regresaron sanos. Digamos ahora en honor de los médicos que éstos prestaron sus servicios en forma espontánea y desinteresada, aportando también en forma gratuita los medicamentos.

Nos propusimos demostrar, con lo que antecede, las pode-

rosas fuerzas constructivas que alentaban en la rama libertaria del movimiento obrero, su poder de solidaridad. No fué lo más importante la lucha por salarios mayores y jornadas menores sino la acción por la justicia implícita en un nuevo concepto de la vida. Esto no fué comprendido entonces. En el ejemplo de Zaragoza, que tipifica la situación, la burguesía no tolera la celebración pacífica de un 1º de Mayo. Y cuando la protesta surge, quiere que ésta produzca la autoliquidación del movimiento obrero. Y un consejero de gobernación de la Generalitat intenta aplastar por todos los medios uno de los movimientos populares de generosidad que más enaltecen a Cataluña.

Afirmamos que no se puede juzgar a la ligera la acción del movimiento obrero durante la etapa republicana. Distorsionaríamos la realidad y caeríamos en la trampa de la propaganda hábilmente orquestada por el fascismo para justificar su insurrección. La insurrección fué para nuestros reaccionarios una necesidad previa a toda otra consideración. Los que pintaban y aún pintan el cuadro de la vida de entonces escogiendo en la paleta tan sólo los tonos negros, convirtieron a España después de la victoria en un inmenso cementerio y redujeron a los sobrevivientes a la situación de esclavos en un sistema que tiene por modelos de vida el convento y el cuartel.

Recordemos que cuando la prensa reaccionaria se desmeleaba clamando contra la subversión de Asturias y pedía el pelotón para los mineros hacía ya meses que la verdadera subversión había sido fría y calculadamente resuelta en el Pacto de Roma (marzo de 1934), entre Goicochea y Rafael Alazábal de un lado y Mussolini y Balbo por otro. Y por las mismas fechas aparecía en Berlín José Antonio Primo de Rivera, huésped con todos los honores del gobierno nazi.

## VI. LA REPÚBLICA EN PELIGRO

---

El período del llamado "bienio negro" confrontó a la clase trabajadora con responsabilidades mayores que las de la lucha puramente sindical. Ésta adquirió un carácter global. Se libró en todos los frentes por el dominio del futuro. La UGT, rama socialista del movimiento obrero, evolucionó desde una posición moderada a actitudes más duras y radicales. La franca labor regresiva del bienio negro forzaba a resoluciones heroicas. El movimiento de octubre de 1934 en Asturias fué la respuesta a una política de desmantelamiento que tendía a desalojar de la escena a las fuerzas orientadas hacia el porvenir. Aunque determinada la insurrección por la nueva energía revolucionaria que penetró al socialismo, su real importancia descansa en la profundidad que adquirió al ser conducida conjuntamente por la UGT y la CNT mediante un pacto de alianza. Aun vencida, abrió perspectivas nuevas.

Fué uno de los mejores resultados de la experiencia asturiana el despertar las mentes a la idea de la responsabilidad colectiva de las dos organizaciones obreras, y esta idea fué fecunda en las nuevas tareas que brotaron en 1936 del trastorno social e institucional producido por la sublevación franquista. Creó el nuevo espíritu que hizo posible la vigencia plena de la

alianza nacional en las jornadas críticas de la guerra civil. Las fuentes del vigor estaban en la audacia, no en la timidez. Quizás este tono de mayor resistencia y resolución de avance hacia soluciones sociales efectivas habría conjurado, de manifestarse antes, los peligros de la guerra civil.

Se ha dicho con bastante sagacidad que el defecto capital de la República fué producir una masa enorme de nuevas leyes que abarcaban todos los frentes, pero que no profundizaba en ninguno, salvo el de la enseñanza. Se trataba de saber desde los primeros instantes si la República iba a limitarse a cambiar un rey por un presidente, o representaba una revolución pacífica de la vida española que iba a elevarse al nivel de los pueblos más avanzados. De todas formas el propósito de enmienda después de la experiencia del bienio negro llegó tarde. Pero los hombres de la CNT intuyeron desde el primer momento que las horas eran preciosas y forzaron la marcha hacia adelante.

Es contra el espíritu del que nació la República que se revuelven las fuerzas ciegas de la reacción. Sus golpes están calculados para llegar más allá de las estructuras formalistas del nuevo sistema. Intentan alcanzar y secar las fuentes mismas de que surge el impulso creador que mantiene viva la fe de nuestro pueblo. Es una lucha por recapturar el dominio pleno en forma tal que nunca más les sea disputado.

Hubo una ocasión de poner a las fuerzas hostiles a la República fuera de combate, arrebatándoles su poderío económico y limpiando los órganos del Estado, especialmente el ejército, de enemigos. Tal tarea pudo haberse cumplido en forma incruenta durante el período de sorpresa desmoralizadora que siguió al triunfal advenimiento de la República. De este período de incapacidad para reaccionar da cuenta el enjuiciamiento de Alfonso XIII. Sólo acudió a defenderle el conde de

Romanones. Madrid vibra entonces de exaltación republicana. En su casa de la Castellana Romanones vibra también, pero de desprecio hacia los suyos. "Perdónenme un momento, señores —dice a los periodistas—. Esta noche voy a las Cortes a defender a mi rey contra el populacho. Siendo grande como es mi aversión por los enemigos del rey, éstos son personas admirables comparadas con sus amigos de los buenos tiempos. Todo el mundo sabe que sin ayuda de nadie voy a defender esta noche al rey, pero no ha habido ni un alma que haya tenido la valentía de dejar su tarjeta". Cuando la reacción se sobrepuso pasó al terreno de la conspiración franca. No hay que olvidar que no estaba sola. Poderosas fuerzas la alentaron en su empresa.

El fascismo había nacido y prosperaba vertiginosamente al amparo de un marasmo general. El repliegue de las fuerzas que debieron enfrentarle tenía bases materiales y morales. Se derrumbaba la fe en los sistemas vigentes de democracia al uso, que venían demostrando su incapacidad para resolver los problemas planteados por la herencia de la primera guerra. Y las dificultades habían alcanzado un punto de gravedad extrema en la crisis económica mundial que estalló en el 29 arrastrando a decenas de millones de hombres al paro y a la desesperación consiguiente.

El fascismo, llevando en su seno el embrión de la guerra, cabalgaba en la cresta de estas dificultades y de la desesperanza cada vez más honda de las masas, nutriéndose de su explotación. Creaba una mística; la mística del nacionalismo, de la raza superior y de la fuerza. Se extendía con un impulso furioso que acrecentaba su temible poder de día en día. Era la pleamar de una barbarie sin precedentes que avanzaba anegando y barriendo todas las conquistas del hombre.

Los gobiernos de las naciones democráticas, paralizados por

el temor, embarazados por las dificultades, ciegos a la realidad, dejaban pasar la marea y halagaban a la bestia. Rendían, en una palabra, las armas y los espíritus sin honor y sin combate. Mussolini había tomado el poder al asalto. En 1933 nacía la dictadura hitleriana. Las fuerzas de la reacción austríaca destruían en Viena el socialismo a cañonazos. En pago de este servicio, el pequeño Dolfuss era ultimado a tiros por los hitlerianos y Austria quedaba poco después anexada al flamante "Imperio milenario".

Mussolini desafiaba jactanciosamente al mundo y conquistaba Abisinia con lluvias de bombas. Poco después caía Albania en el saco de las rapiñas. Más tarde habría de llegarle el turno a la República Española y a Checoslovaquia y Polonia, hasta que la segunda guerra mundial quedó planteada como alternativa única para frenar y destruir este vesánico impulso totalitario.

Pero no era la derrota del fascismo lo que se presentía entonces. Éste pensaba y obraba en términos de victoria. Sus secuaces peninsulares vivían momentos de arrogante embriaguez. En 1933 habían sido creadas las JONS y en 1934 surgía Falange. Estos movimientos eran numéricamente débiles aunque impetuosos. Pero un espíritu paralelo se propagaba a las juventudes de Acción Popular y se manifestaba en las consignas, en el grito de guerra: "¡Todo el poder al Jefe!" y en los desfiles regimentados de los grupos paramilitares, de evidente inspiración fascista. Los puntillosos monopolizadores de las "esencias nacionales" volvían la vista al extranjero en busca de modelos de acción y, naturalmente, escogían los más distantes a los nativos sentimientos peculiares de nuestro pueblo.

Mientras tanto éste se hallaba empeñado en el cumplimiento de una heroica hazaña. Pues mientras Europa caía en el abandono de sí misma y se dejaba arrastrar hacia la degradación

por las turbulentas fuerzas del mal, España luchaba contra la corriente, señalaba una dirección. Entre la espada y la pared, esforzándose por remontar el curso negativo de los acontecimientos, por salvarse mediante una depuración profunda de las estructuras del pasado que la impedían alcanzar formas de vida libres y superiores. Este esfuerzo encontró su clima en la guerra civil, y España se convirtió entonces en la flamante antorcha de la esperanza para los hombres de conciencia libre de todos los países.

Las elecciones de febrero de 1936 alinearon las fuerzas respectivas en el orden que conservaron después, cuando estalló la tormenta. De un lado el ejército, la Iglesia, los terratenientes, la Falange y los monárquicos. Este bloque no aceptaría jamás un veredicto de las urnas contrario a sus intentos de monopolio del poder. Sanjurjo, jefe militar de la conspiración, visitó Alemania semanas antes de las elecciones. Y era claro que para Hitler y Mussolini una España dueña de sus destinos constituiría una intolerable provocación. Un órgano de las fuerzas armadas españolas: *Ejército, Marina y Aviación*, se editaba a esas alturas en la imprenta oficial del ejército nazi. El cardenal Gomá lanzó seis días antes de las elecciones su pastoral contra las izquierdas.

Éstas, por su parte, presentaban un programa simple: Amnistía (que se cumplió inmediatamente después de la victoria electoral), reforma agraria rápida y efectiva y mejora de la situación de los trabajadores. No cabía dudar que este programa esquemático, dada la experiencia vivida, sería llevado a la práctica. Pero fué esta convicción la que decidió a los conjurados a forzar la marcha del reloj.

El programa no contenía en sí nada que no fuese premisa natural para sentar las bases de una vida colectiva más justa y civilizada. La reforma agraria, su punto clave, era una nece-

sidad tan apremiante como el respirar. De los tímidos pasos dados en la materia por los primeros gobiernos de la República no quedaba ni rastro. El gobierno del bienio negro había vuelto las cosas a su estado original. La reforma agraria fué planteada incluso por un ministro de la CEDA durante dicho bienio, pero la reacción en las Cortes fué tal que hubo que resignar el cargo. La actitud antisocial de las antiguas esferas dirigentes queda perfilada de mano maestra por este rasgo de absoluta incomprensión de las fundamentales necesidades de nuestro pueblo. En el campo y en las fábricas se hallaba por entonces la gran reserva de energías morales de la nación. "He estado —dice el escritor Sender— como casi burgués o casi proletario, en el centro de casi todos los acontecimientos de la vida de mi país y en ellos he tomado naturalmente el lado del pueblo por una cierta inclinación a lo noble. Allí donde se alzaba la protesta, allí estaba yo. La vida era fea y alguien tenía la culpa. Nunca he creído que se pudiera hacer otra cosa en España". "La verdadera nobleza de España está en el labriego", dice Claude G. Bowers, embajador que fué de los Estados Unidos ante el gobierno de la República.

## VII. LA ESPAÑA LIBRE EN LAS TAREAS DE LA GUERRA CIVIL

---

El 18 de julio de 1936 se rompió este equilibrio inestable y la configuración del futuro quedó librada a la suerte de las armas. La reacción, efectivamente, no aceptó el veredicto electoral que entregaba la suerte de la República a las izquierdas. La respuesta de la España viva y eterna al acto de locura que desencadenaba la guerra civil es del dominio general, especialmente en lo que atañe a la réplica combativa: las jornadas heroicas de julio, en las que la rebelión fué aplastada en las principales capitales, y la subsiguiente lucha de casi tres años por la defensa palmo a palmo, en los distintos frentes de guerra, del hogar de la libertad.

Es una historia de valor y sacrificio con su contrapartida de horror y de sangre. En la radical escisión producida en la vida de nuestro país con su consiguiente trastorno institucional, el movimiento obrero quedó del lado de la República como la única fuerza homogénea capaz de devolver golpe por golpe. Privado el gobierno de medios de lucha por la defeción del ejército y de una parte importante de las fuerzas de seguridad interior, la tarea de enfrentar a los rebeldes fué asumida con plena responsabilidad y determinación de victoria por los tra-

bajadores organizados. Pero éstos eran a la vez una fuerza revolucionaria, y se entregaron a remodelar la vida de España de acuerdo a ideas profundamente arraigadas y sentidas como algo consustancial con la justicia en las relaciones sociales. El trastorno insurreccional abrió las puertas a una reconstitución del país, en la que las centrales sindicales tuvieron una intervención decisiva renovando a fondo sus anquilosadas estructuras económicas y sociales. Reanimada por torrentes de savia joven, la democracia española encontró en la defensa de sus creaciones inspiración y valor para sostener hasta el agotamiento su enconada lucha contra el fascismo autóctono y continental.

En todos los puestos de peligro, en las líneas avanzadas de la lucha, estuvieron presentes con sus unidades los trabajadores de nuestra central anarcosindicalista, pagando y cobrando un elevado tributo de sangre. Cayeron muchos de nuestros mejores hombres, en proporción mayor a la de cualquiera otra fuerza combatiente, pues en nuestro movimiento actuaron siempre fundidos con el pueblo, al que electrizaron con su ejemplo en las horas decisivas. Marcharon en vanguardia, reservaron para sí los puestos de máximo peligro, combatieron y murieron señalando con su sacrificio el camino a los demás. Los nombres de Ascaso y Durruti encabezan la interminable legión de los héroes, y los de Villaverde y Ballesteros la lista no menos extensa de los mártires. En nuestro movimiento no lograron penetrar los conceptos de dirigente y masa, o los de jefe y soldado, que allanan el camino a la constitución de nuevas clases.

Los sindicatos confederales dieron un aporte cuantioso a la formación de las milicias de la primera hora, y muchas de las brigadas y divisiones que tuvieron por base estas milicias figuraron entre las mejores por su espíritu de combate, más tarde, en los diversos frentes de guerra. Dimos mucho en este particu-

lar aspecto de la lucha armada, con desprendimiento de lo peculiar, adecuando nuestro esfuerzo a las necesidades de una dirección colectiva que a todos nos abrazaba en un mismo destino. Pero los hechos de julio y las subsiguientes batallas de la guerra civil están aún frescos en las mentes de cuantos siguieron las incidencias de la larga contienda.

Hay otro aspecto menos conocido y más revelador de las tendencias dinámicas que promovían la acción. Nos referimos a las creaciones revolucionarias que fueron su objeto. Los sindicatos actuaron como células básicas de una nueva estructura social. En este sentido la CNT representó, a lo largo y a lo ancho de la España Libre un potente fermento en la reordenación de los impulsos vitales de nuestro pueblo. Dió la señal de partida, abordó con resuelta actitud la nueva tarea y encontró, afortunadamente, expresiones paralelas de acción en la UGT.

Mencionaremos en forma sumaria que ambas centrales sindicales buscaron en aquella coyuntura en la colaboración y no en la competencia las bases mejores para la solución de los grandes problemas de guerra, de reorganización económica y de reconstrucción social. Era este el espíritu necesario dadas las circunstancias, pero no es frecuente en este mundo conturbado presenciar el espectáculo de hombres u organizaciones subordinando lo particular a los intereses más vastos de la colectividad. Comités de enlace funcionaron en todos los niveles, desde el consejo de fábrica al plano nacional. No quiere esto decir que las soluciones estuviesen en todos los casos al alcance de la mano, pero la previa eliminación del espíritu de competencia por el dominio de la situación, la substitución de los criterios de monopolio por serios intentos de aproximación leal y por acuerdos libres contenía en sí elementos nuevos y fecundos de realización socialista. Se rebasaron con creces los deseos de Asturias en su pacto de alianza. La inteligencia no se ceñía tan

sólo a las necesidades de la lucha armada que nos era impuesta; se proyectaba sobre el proceso constructivo y lo completaba esforzándose por crear síntesis aceptables para una sociedad en renovación, considerada como conjunto.

Ninguna revolución de nuestro siglo produjo tantos cambios en tan poco tiempo, ni estos fueron tan profundos y originales como las creaciones de la España Libre en su máximo momento de eclosión de energías libertadoras. El ensayo colectivista español fué en parte producto de las circunstancias, pero fué mucho más consecuencia de ideas de larga tradición y fuertes raíces que daban formas a un nuevo modelo de sociedad. La respuesta de los obreros y campesinos al reto de la reacción en todos los lugares de España donde las fuerzas populares resultaron vencedoras fué la socialización de la producción agrícola e industrial, de las minas, de los transportes marítimos y terrestres, de la banca, de las comunicaciones, de los espectáculos públicos, del comercio, etc. La estructura económica y social había saltado de sus carriles al producirse el dislocamiento insurreccional. Los sindicatos tomaron en todas partes la responsabilidad del proceso entero de la producción. Asumían su verdadero papel en una sociedad socialista. Fundían la libertad y el socialismo en una forma nueva, indivisible y creadora. La sociedad adquiría un sentido coherente, con funciones solidarias entre sí. El trabajador dejaba de ser un instrumento en manos del capitalismo y eludía a la vez el destino opuesto, la extrema centralización de la economía concebida como monopolio del Estado, en la que se habría convertido en ejecutor ciego de decisiones en las que no tendría la menor intervención. Asumía una responsabilidad directa, era parte consciente en el proceso entero, intervenía en la elección de los caminos por los que habría de avanzar la reconstrucción de la sociedad española.

La unanimidad de la respuesta dada en el orden constructivo

a las exigencias planteadas por la dislocación del aparato social pone de relieve la autenticidad de su carácter representativo. El impulso brotaba de un ambiente, de una geografía y de una historia. Los defectos propios del carácter improvisado de este impulso se corregían sobre la marcha. Los localismos de la primera hora fueron articulándose en un vasto esfuerzo comunitario, conservando vivo el hombre el poder de iniciativa en todos los niveles de la organización económica.

Llevamos la iniciativa y defendimos con vigor nuestra experiencia en todas partes: la experiencia de la socialización verdadera, realizada y administrada por los productores a través de sus asociaciones básicas, y fuimos decididamente innovadores. Frente a la explotación capitalista o bajo formas de capitalismo de Estado el hombre siente su aislamiento, su falta de integración social, su debilidad. Se siente extraño e impotente frente a relaciones cada vez más complejas y mecanizadas en las que el confortante contacto humano directo no tiene ya cabida. Es ajeno a los procesos de diversa índole que ocurren a su alrededor. No comprende el sentido cada vez más abstracto de las estructuras que le dominan. A reinstaurar al hombre en la cumbre de estas estructuras, a liberarle de su trágico aislamiento, a despertar su confianza en sí mismo aspiró el ensayo colectivista español, al integrarle socialmente en una comunidad y hacerle copartícipe de los procesos sociales y económicos.

## VIII. DESCENTRALIZACIÓN Y SOCIALIZACIÓN DE LA INICIATIVA

---

Actuamos solos allí donde no había sindicatos de la UGT. No hubo modelos rígidos. La capacidad de iniciativa tuvo amplio campo de expresión. Uno de los modelos de organización agraria es el de la comarca de Liria, que se extendía desde las puertas de Valencia hasta casi Villar del Arzobispo. Inicialmente cada población de la zona se constituyó en colectividad autónoma. Pero las había ricas y pobres, de acuerdo al desigual rendimiento de la tierra. Se fusionaron entonces en una colectividad única que incluía numerosas poblaciones, con asiento en Liria, punto central de la comarca y nudo de comunicaciones.

Las dificultades eran grandes. Incorporados a las unidades de combate, faltaban hombres para el trabajo de la tierra. La zona se extendía además paralela al frente de Levante, y todos los vehículos motorizados habían sido requisados para la guerra. Pero bajo el nuevo sistema, la producción aumentó por encima de los niveles anteriores mediante la utilización coordinada de los medios materiales y de los recursos humanos. La escasa mano de obra se usó con sentido de las necesidades comarcales, en el orden de prelación determinado por la naturaleza de las cosechas. Se intensificaron los cultivos de los produc-

tos esenciales a expensas de los demás. Se creó un gran taller mecánico reuniendo los elementos insuficientes de los talleres locales y adicionando otros nuevos. El ganado de cerda de la comarca se reunió en un gran criadero implantado en terrenos adecuados, de lo que resultó un gran incremento de esta riqueza. La colectividad llegó a constituir un factor de importancia en el abastecimiento del ejército del frente de Levante, cuya intendencia llegó a interesarse vivamente por la misma. Surgió así una relación basada en los intereses comunes, que se expresó al poco tiempo por parte del ejército en la prestación de unidades de transporte para la recogida de las cosechas, aliviando la penuria de vehículos de la colectividad.

Otra experiencia interesante fué la del organismo conocido por CLUEA, en el que tuvo intervención la UGT al lado de la CNT. Funcionó en Valencia como centro, pero abarcó más de 250 poblaciones, prácticamente todas las comprendidas en la zona de explotación de los agrios. Organizó la exportación de la naranja, el limón y la mandarina unificando los centros de selección y embalaje, el transporte terrestre hasta los puertos de embarque y las flotas de carga que conducían estos frutos a los países consumidores. Desapareció el engorroso y antieconómico sistema de intermediarios que en gran número se dedicaban anteriormente a estas operaciones, reservándose, naturalmente, una parte no desdeñable en los beneficios. Pero por lo general las colectividades campesinas fueron más fluidas y simples, inspirándose en las ventajas del trabajo en común, organizado y administrado directamente por sus componentes sin perder de vista la perspectiva social de la función.

En el orden industrial, y para cerrar con dos ejemplos esta tendencia a la coordinada simplificación de los esfuerzos, recordemos que el Sindicato de la Madera de Barcelona, tras colectivizar los centros de producción, reorganizó la industria

prescindiendo de los pequeños talleres antieconómicos y la concentró en las plantas mayores, mejorando los equipos mecánicos. Procedió también a la venta directa al consumidor de los bienes elaborados en almacenes especiales, anulando al oneroso intermediario. A su vez, el Sindicato de la Metalurgia de Barcelona, basándose en las condiciones atentatorias para la salud de los trabajadores de la mayoría de las fundiciones de la región catalana, clausuró alrededor de setenta y concentró los equipos en las 24 que reunían las mejores instalaciones. Desde las primeras horas abordó con febril actividad la producción de material de guerra, que fué organizado con claros criterios de planificación.

Los trabajadores siguieron los impulsos de sus propios sentimientos de responsabilidad. No esperaron voces de mando que habrían llegado a destiempo y desubicadas con respecto a las exigencias reales de la situación. Habían permanecido siempre fieles a la idea de una economía socialista administrada por los trabajadores mismos a través de los sindicatos, concebidos como células básicas de la producción. Puede afirmarse que el rasgo más saliente de la revolución española fué *la descentralización y socialización de la iniciativa*. Esta se hallaba presente en cada lugar y en todos los niveles de la producción. No dependiendo de pesados aparatos burocráticos, la rectificación podía suceder de inmediato al error. Esta característica es única en las revoluciones del siglo XX, a excepción quizás de los ensayos colectivistas de Israel, en los que se aprecian tendencias similares de libre creación. La emancipación campesina, real e integrada a la industrial, no fué deformada para sentar a sus expensas el predominio de la ciudad y de la máquina. Labriegos y trabajadores industriales se apoyaban mutuamente avanzando sobre líneas paralelas.

Promediada la guerra civil, la CNT encaró los problemas

de la reconstrucción económica con sentido total de sus relaciones y alcance. Sobre la base del acervo de experiencias de más de un año de luchas y actitudes creadoras celebró su congreso económico nacional de Valencia, en el que se examinaron las situaciones vividas y se adoptaron importantes acuerdos, cuyo comentario no puede realizarse en el breve espacio de páginas de que disponemos. Cabe destacar, sin embargo, que en el estudio de las mejores formas de organización económica deducidas de la experiencia se sostuvo el principio de *a cada cual según sus fuerzas, a cada cual según sus necesidades*. Corresponde también citar de paso la reorganización de los sindicatos de industria, que estructuraba lógicamente las funciones específicas de producción y las articulaba en cada nivel en los respectivos Consejos de economía. Se evitaron los riesgos de mecanización al adoptarse el fundamento federal y al afirmar la doble estructura que permitía la asociación sobre las vertientes. Un sindicato se unía a los de la correspondiente rama industrial en federaciones provinciales, regionales y en el orden nacional. Pero al mismo tiempo continuaba unido a los sindicatos de las diversas ramas en el orden local, participando en la vida de la población o ciudad respectiva con mayor amplitud que antes a través de la apertura municipal a sus iniciativas, y el mismo efecto se producía en el orden provincial y a niveles sucesivos. Los sindicatos de industria distaban mucho de ser una novedad, pero en el caso español aportaron un elemento nuevo de fundamental valor: los consejos sindicales de economía, articulados sobre las dos vertientes señaladas, órganos coordinadores y directores de la producción y de la distribución socializadas. El Consejo Nacional de Economía resultante, enlazaba con el Comité Nacional de la CNT.

## IX. ENSANCHAMIENTO DE LA LIBERTAD MUNICIPAL DE INICIATIVA

---

En España existió siempre viva la tendencia al autogobierno de los municipios, entendidos como formas básicas de la sociedad. Tuvieron en el pasado una inmensa importancia y nunca se perdió de vista su función como contrapeso a las tendencias autocráticas hacia la centralización del poder. Se vió en ellos el elemento más idóneo para la capacitación del hombre en las tareas sociales y para la preservación de su poder de iniciativa. En la plástica situación reordenadora surgida del clima social de julio de 1936, los municipios se convirtieron en centros de auténtico autogobierno. En sus consejos tuvieron cabida todas las corrientes políticas y sociales alineadas en defensa de la República. Todas las voces sin excepción pudieron expresarse libremente y participar en las decisiones colectivas.

Pero el cambio más grande que sufrieron en este ensanchamiento de la base representativa fué la presencia en su seno de los sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de los Trabajadores. A través de esta presencia se verificó una integración total de funciones que dió a los municipios un nuevo significado popular y extendió su libertad de acción.

El fortalecimiento del autogobierno municipal, una de nuestras mejores experiencias, queda como un legado que los españoles de las nuevas generaciones han de recoger, dándole nueva vigencia.

Lo mismo ocurrió en los consejos provinciales y en los gobiernos autónomos con la intervención de las dos centrales. Si no se pierde de vista el origen miliciano de las formaciones militares y la actuación en ellas de comisarios de guerra de las sindicales y de los partidos políticos, y si se abarca en la visión de conjunto a la administración socialista de la economía ejercida directamente por los trabajadores mismos, hecho central este último de la revolución producida en la vida de España y garantía de la libertad y el socialismo obrando en profunda interacción recíproca, se comprenderá que la intensidad y alcance de los cambios estuviese teñida de una esencia libertadora no igualada por ninguna de las revoluciones anteriores ni posteriores.

## X. DERROTA DE LA REPÚBLICA

---

Fuimos derrotados. Nunca dispusimos de elementos de combate suficientes para convertir nuestra valerosa defensa en ofensiva abierta. Detrás de Franco se alzaba la poderosa fuerza de Hitler y Mussolini, representada en la península por sus aparatos bélicos, bajo cuyos sistemáticos golpes acabó por desplomarse la República Española.

La ayuda recibida fué insuficiente. Europa había olvidado que la libertad es un proceso incesante estrechamente vinculado a la justicia social, que su afirmación es asunto de cada día, y que tan importante como la meta soñada son los pasos que nos acercan a ella. Su reconocimiento en las constituciones escritas es estéril si no alienta en el pensamiento del hombre y se incorpora a los hechos de cada día. La libertad se escapaba de la vida, se secaba en su envoltura de fórmulas, de la misma manera que la crisálida herida en su fuerza vital se seca en su capullo de seda sin lograr alcanzar la forma adulta.

El fascismo se extendía favorecido por el repliegue continuo de los jefes de la democracias que no creían en nada, que encontraban insalubres los aires de la libertad y peligrosos los caminos de la acción. Éstos llevaban el desaliento a sus respec-

tivos pueblos y estimulaban el apetito de los dictadores en la misma medida en que les franqueaban el paso.

Mientras en la zona republicana afloraban durante la lucha formas nuevas que ponían el acento en la justicia social y en la solidaridad humana, en la zona franquista las fuerzas amalgamadas por decreto en la Falange formaban un programa de contenido bien distinto, en que se amalgamaban las viejas ambiciones imperiales con las nuevas apetencias desatadas por el instinto de conquista del fascismo contemporáneo. "Tenemos voluntad de imperio —se lee en el punto tercero—. Afirmamos que la historia plena de España implica un imperio. Exigimos para España un puesto prominente en Europa. No transigiremos ni con el aislamiento internacional ni con la ingerencia extranjera. En lo que respecta a los países hispanoamericanos, aspiramos a la unificación de la cultura, de los intereses económicos y del poder. España reclama un puesto prominente en todas las tareas comunes por efecto de su posición como cuna espiritual del mundo español".

Lo que antecede es un destemplado alegato del que trasciende la apenas disimulada intención de ejercer sobre América la tutela de los buenos tiempos de la colonia. "Unificación de la cultura, de los intereses económicos y del poder", en la que España "reclama" el puesto director. El punto cuarto arroja aún más luz sobre la actitud delirante de estos teóricos de la violencia. "Nuestras fuerzas armadas de tierra, mar y aire —se dice en él— tienen que ser tan eficaces y numerosas como sea necesario para asegurar la absoluta independencia de España en cualquier momento y *aquel puesto en el mundo a que tiene derecho* (el subrayado es nuestro). Devolveremos a los ejércitos de tierra, mar y aire toda la dignidad que merecen y, siguiendo su ideal, procuraremos que la existencia española se conforme a un punto de vista militar de la vida".

Dejando de lado su contenido agresivo, choca la absoluta disparidad entre las metas propuestas y los medios para alcanzarlas. Si alguna grandeza había de tener España, ésta era la única refñida con sus posibilidades. Don Quijote armado con la espada de Franco es locura a secas y de la peor clase, sin los ideales que dignifican la figura de nuestro Caballero andante. Las metas humanas eternas: felicidad, libertad, justicia, paz, etc. son desdeñosamente ignoradas y sustituidas por una visión militar de la vida que alimenta sueños trasnochados de imperio mundial. Todos los medios retóricos se emplean para nutrir esta "vocación" de imperio: España a caballo entre el Atlántico y el Mediterráneo; España puerta del África; España fundadora de naciones; España escudo del catolicismo, martillo de herejes, etc.

Todos estos conceptos tuvieron vigencia después de nuestra derrota entre ciertas zonas de la juventud y en los cuartos de banderas del ejército faccioso. Alentaron un nacionalismo virulento, desnudo de todo contenido ético. Se quiso cimentar en ellos la unidad nacional en torno a Franco. Pero no lograron profundizar en las mentes y se desplomaron ruidosamente con la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial. Habían constituido por llamarlo así el "ideal" de la dictadura, y al disiparse éste como las nubes de una noche de verano el franquismo sufrió un revés de importancia. Al hundirse la fe en la "misión" a cumplir comenzó el desmenuzamiento de las propias fuerzas que lo habían sostenido. Los sustitutos buscados, como la pretendida misión rectora de España en el mundo árabe, al acabar en fracasos rotundos, agravados por la independencia de Marruecos, barrieron los últimos rastros de insanía. El pasado ha sido enterrado por sus propios cultores. Ya no hace falta el doble cerrojo al sepulcro del Cid que reclamaba Costa. Pero el fascismo seguía empeñado a fondo en la tarea de su propia conservación.

## XI. EL PUÑAL DE LOS VENCEDORES AHONDA LA HERIDA

---

Con la derrota de la República sobrevino un cambio radical de panorama. Cientos de miles de españoles abandonaron la sociedad en que se formaron escogiendo los caminos del destierro. Fué éste, aunque en pequeño, el exilio de una sociedad entera. Obreros, campesinos, periodistas, catedráticos, hombres de ciencia, medicina y leyes, novelistas, poetas, artistas, sustancia viva de nuestro pueblo por su calidad y vinculación al progreso material y mental de la sociedad española durante las últimas décadas, pudieron abandonar la tierra madre antes que la tenaza de acero se cerrase completamente sobre ella. España sufrió en sus energías creadoras una mutilación grave. Dispersos por el mundo, los exilados empezaron una nueva aventura.

Un catedrático de la Universidad de Madrid afirmaba recientemente que la mayor aportación española al desarrollo cultural del Nuevo Mundo desde los tiempos del descubrimiento es la realizada en las dos últimas décadas por los intelectuales exilados e incorporados a la vida de este continente. Este hecho nos da la medida justa del vacío intelectual en que sumió a España la victoria franquista.

En el interior, los que quedaron hubieron de hacer frente a situaciones que resisten toda descripción. Para los vencidos, abril

de 1939 significó tan sólo el fin de las operaciones militares. La guerra se enquistó en una paz pervertida de antemano. España quedó convertida en un coto de caza en que la pieza a cobrar era el disidente político. Sobre este coto cerró la noche y el eclipse de la luz aún perdura.

Los pelotones de ejecución funcionaron a escala igual que en el curso de la guerra. La tarea de acabar con los vencidos se organizó metódicamente en el plano nacional. Las "sacas" se convirtieron en helado trámite rutinario y en espectáculo normal. En prisiones y campos de concentración, un contingente enorme de presos vivía en condiciones infrahumanas. Los que escapaban al pelotón o a la cárcel vegetaban en un ostracismo social enervante, pues en España sólo había lugar para la clase de los vencedores.

Cuando los que quedaron en pie empezaron a reaccionar y la oposición adquirió cierto grado de consistencia organizada, vinieron las leyes especiales y los consejos de guerra con sus sentencias de muerte y sus elevadas condenas a prisión, en implacable intento de ahogar hasta el gesto más leve de protesta, de silenciar las palabras que expresasen desacuerdo antes que acertasen a formarse en las gargantas. Los incursos en las leyes especiales por actividades contra el régimen constituyeron la categoría de los llamados "delitos posteriores". El franquismo reacciona históricamente cuando tropieza con la resistencia física y mental de las víctimas, con el insobornable espíritu que mantiene la esperanza en una variante de nuestro destino colectivo. No pudo, sin embargo, extirpar la oposición. La historia de estos años tremendos, con un número de víctimas que probablemente excede al de la propia guerra civil, está por escribirse.

En sus comienzos, la oposición se circunscribió a los combatientes de la República que sobrevivieron a la guerra civil.

Pero pronto habría de surgir el descontento en otras zonas de la vida española. El régimen se hizo repugnante con sus represiones y con la inversión de las normas usuales en la práctica del derecho. Los juicios eran sustanciados ante tribunales militares. La acusación era en todos los casos de rebelión militar y auxilio a la rebelión, aunque el acusado no tuviese otros hechos en contra que la donación de unas pesetas para ayuda a los presos o a sus familias. Los consejos de guerra por el delito de rebelión militar son el arma que el régimen usará a lo largo de su trayectoria, como veremos más adelante.

Los tribunales militares no se atenían al principio esencial según el cual corresponde a los órganos de la justicia probar el delito. Era el acusado el que debía probar su inocencia, pero se le cercenaban todos los medios para hacerlo. El defensor, un oficial del ejército al que no se exigían conocimientos jurídicos previos, y por añadidura enfrentado ideológicamente con el acusado, se limitaba, en la mayoría de los casos, a pedir clemencia. La víctima carecía de defensa puesto que el defensor no ejercitaba sus funciones, limitándose a obrar conforme al dicho de que "en boca cerrada no entran moscas", pero tampoco le era dable realizar su propia defensa, puesto que tenía defensor. Un maquiavélico círculo sin salida para dar ciertos visos de legalidad a la pura y simple destrucción del adversario.

En los primeros años y para los llamados "delitos de guerra" reinaba con poderes ilimitados su majestad la Denuncia. Bastaba ésta por sí sola para decidir el destino de la víctima. Grupos nutridos de acusados eran juzgados en unos minutos. Los condenados a la última pena, cuya ejecución tardaba con frecuencia meses en producirse, amontonados en celdas especiales, oscilaban entre la vida y la muerte cada vez que se abrían las puertas de las mismas en las horas que precedían al alba para seleccionar las víctimas de la jornada. Jamás pudieron despedirse de sus familiares al llegar el instante, siempre ignorado.

## XII. EL PRINCIPIO DE UNA NUEVA APERTURA AL PORVENIR

---

Si el franquismo mostró alta eficacia como destructor de la vida fué un lamentable fracaso en todos los demás aspectos. Erigió el superestado y absorbió la mayor parte de las rentas nacionales a beneficio de las fuerzas armadas y represivas, sus criaturas predilectas. Estructuró la economía sobre bases autárquicas, aplastó la producción con las cargas fiscales y la trabó con sistemas complejos de control altamente centralizados, de lo que resultó al cabo de los años un marasmo que regeneró en parálisis, para la que no parece haber ninguna posibilidad de reacción en las actuales circunstancias.

Los sindicatos verticales, creados en sustitución de los movimientos sindicales libres de la CNT y de la UGT, están incapacitados para obrar como fuerzas rectificadoras dada su condición de instrumentos del franquismo para el control de los trabajadores. Funcionan en simbiosis con la Falange, simbiosis asegurada en la cúspide en la persona del ministro secretario general del Movimiento y a la vez jefe nacional de sindicatos. Las elecciones sindicales cubren con los representantes designados los escalones más bajos, pues los puntos clave de la trama jerárquica están vinculados a falangistas de confianza. Los sin-

dicatos son verdaderas cuevas de funcionarios. No existe otra alternativa que la de acatar las decisiones de las alturas. El derecho de huelga se ha convertido en crimen de rebelión militar.

Otros aspectos derivados del sistema totalitario en vigencia son: represión de la libertad intelectual por la censura; educación fundada en los instintos gregarios, en el culto al jefe y al nacionalismo, impuesta a golpe de troquel con desdén por la formación de mentes ejercitadas en la libertad de juicio y prácticamente intervenida por la Iglesia; abuso impune del poder, que deriva en profunda corrupción administrativa al no estar sometida a control ni frenada por la libertad de crítica; desarrollo extremo y asfixiante de los institutos militares y de las fuerzas de seguridad interior; prensa y propaganda dirigidas, usadas como instrumento de uniformidad mental, y de presión cuando se producen hechos que disgustan al clan dirigente. La lista no se agota con lo anotado, pero es suficiente para explicar que el proceso creciente de descontento alcance incluso a muchos seguidores de la primera hora, profundamente defraudados por la impracticabilidad del sistema.

Y bien, la generación actual nació presa en las mallas de esta estructura social. Se encontró situada en ella, inmersa en su ambiente, viviendo la vida que le fué dada y en la que no pudo ejercer su voluntad de elección. Pero llegó a ella el hálito externo de otro mundo de formas más incitantes y libres, y es una suerte que reaccionase positivamente contra los mecanismos de adaptación, que manifestase su disgusto y su disconformidad. Esta se expresó al principio con tímidos contactos de hombre a hombre. Después surgieron núcleos dispersos que no tardaron en multiplicarse en distintos ambientes. Sumergidos en la misma realidad social, impelidos por el mismo anhelo vital de escape y las condiciones de asfixia, estas reacciones

tienden a identificarse en la primaria y básica aspiración a la libertad del pueblo español. La oposición ha trascendido del marco de las fuerzas que combatieron del lado de la República. Está en todas partes, difusa e inorgánica, pero presente.

Las barreras que se oponen a una manifestación extensa y organizada de los sentimientos que constituyen ya un clima nacional son más bien de orden material que moral. Residen en la falta de medios de acción y en las tremendas dificultades creadas por los organismos policíacos y de represión que montan la guardia y olfatean los rastros, listos para la caza. No obstante, en circunstancias especiales se han producido grandes movimientos colectivos, de los que dan fe las huelgas generales de Barcelona, parte de la provincia y Vizcaya, y movimientos de menor alcance en Madrid y otras ciudades de España. Las unánimes huelgas de estudiantes mostraron a la vez de manera indudable el cambio ambiental producido, pues en la Universidad encontró la dictadura en los primeros años uno de sus baluartes más firmes. Percatado el franquismo de la gravedad del síntoma, echó todo su peso en la balanza al producirse la huelga estudiantil de Madrid contra el unicazgo de la Falange en el manejo de la Universidad. El rector de ésta y el ministro del ramo fueron relevados de sus cargos por supuesta falta de energía. Hubo numerosas detenciones con los consiguientes procesos, si bien éstos fueron sustanciados por la justicia ordinaria.

No se suponga inconsistencia en la actitud de la Universidad. El acento de las actitudes irrevocables trasciende del parte publicado en el diario *La Nación* el 2 de noviembre de 1955, exacto menos en el nombre del orador que se cita: "Más de 1.000 universitarios concurren al homenaje póstumo tributado por la juventud matritense en memoria de José Ortega y Gasset. Los estudiantes marcharon desde la Universidad Cen-

tral hasta el cementerio llevando una corona de laurel, que depositaron en su tumba. Luego, en el silencio más absoluto, escucharon la lectura de varios fragmentos de obras orteguianas y a continuación habló Julián Marías. Dijo así:

"Este homenaje póstumo a Ortega y Gasset, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, es el homenaje de los que pudimos haber sido discípulos suyos, de los que no lo somos y estamos sufriendo el vacío que él dejó al abandonar, por causas conocidas, su cátedra de metafísica. Es el homenaje de la juventud universitaria sin universidad que somos, de los que hemos tenido que aprender muchas cosas fuera de las aulas, en libros que no son los de texto, en idiomas que no son el español.

"Somos discípulos sin maestros. Entre Ortega y Gasset y nosotros hay un espacio vacío y mal ocupado. Notamos cada día que falta algo, que nos falta alguien. Nadie nos dice qué es estudiar, cómo debemos estudiar y para qué estudiamos. Nadie nos dice para qué vale la universidad. Ya estamos seguros de que vale muy poco, y de que es necesario cambiarla mucho. Pero nadie nos dice cómo, nadie defiende que nosotros somos la base de la Universidad..." Tras estas palabras doloridas se intuye un firme y consciente sentimiento de responsabilidad generacional.

Otras manifestaciones son la protesta de los sacerdotes vascos, el boicot aplicado al diario *La Vanguardia* con rara unanimidad por la población de Barcelona, por ofensas de su director a Cataluña, el incidente del Orfeó Catalá que degeneró en prisiones y malos tratos, la protesta de los intelectuales contra la censura, etc. En esta protesta los intelectuales han ido valerosamente a la raíz misma del problema que los afecta, poniendo a la vez de relieve lo que constituye una incurable llaga nacional bajo la dictadura. Declaran entre otras cosas:

“Esta situación trae como consecuencia, entre otros efectos, que la cultura española ofrezca en el plano internacional un espectáculo de precariedad, propio de culturas poco evolucionadas (cosa en contradicción con nuestra rica tradición cultural), lo que pone al escritor y al hombre de ciencia español en el trance, parecido al exilio, de trabajar con destino a editoriales, compañías y centros de estudio extranjeros —fuga cultural que el país, en nuestra opinión, no está en condiciones de padecer o asumir. De modo que todo ello configura un estado ingrato y esto en un momento en que parece deseable la superación de todo estancamiento o incomunicación. Por si fuera poco, podría también agregarse el deplorable efecto que origina en la formación o información del lector y el estudioso español la mutilación que padecen frecuentemente los textos, piezas dramáticas o películas extranjeras que se imprimen, representan o proyectan en España”.

La intelectualidad española está representada en bloque por el extenso número de firmantes de la protesta, entre los que figuran hombres de todas las tendencias políticas y sociales y de todas las formas de actividad cultural y científica. Y es un síntoma saludable esta disposición a obrar conjuntamente, a conocerse y a entenderse en la defensa de las necesidades apremiantes de nuestro pueblo. En otros momentos de nuestra historia estos hombres no habrían unido sus firmas al pie de una protesta común. Las nuevas generaciones toman posición y tienen algo que decir. Es preciso saber escuchar y comprender. La Universidad de Valladolid, preconizando la superación de las intolerancias civiles, contestó con un manifiesto a una invitación de Arrese a integrarse en las tareas de la Falange, en el que se lee entre otras cosas:

“Es la universidad la que nos hermanó en un haz de fraternidad cordialísimo a muchos de los hijos de las víctimas que

cayeron ayer, en una acera y en la otra, y esta hermandad, lograda por la mútua comprensión y la miseria y el dolor comunes, está de tal modo anudada que creemos el más sagrado deber mantenerla inquebrantable, por ser ella la única piedra cimental para la creación de un mundo mejor en nuestra patria del mañana...

“No consentiremos que el Estado, con su único partido (es decir, su capilla), y su único jefe (su fetiche), para emplear el léxico de ustedes, señor Arrese, convierta su interés político en la única y suprema fuente del derecho, porque ello conduce a las vesanías que hemos visto en Alemania, en Italia, en Rusia y en esta desgraciada nación. Seríamos locos si pretendiéramos repetir esas experiencias. Esa mano tendida no la aceptamos, señor Arrese, porque el aceptarla supone, como usted dice, tener que emplear con los otros españoles los puños y las pistolas, dialéctica esta que no produce ningún fruto de paz. Después de ese ayer de ustedes han pasado casi veinte años.

“En ellos han monopolizado ustedes todos los poderes, todos los mandos, todas las palancas, todas las fuerzas, todos los resortes y, según confesión del señor Cuesta, de la señorita Primo de Rivera y de usted mismo, no han podido ganar la calle. Hoy las deserciones en las filas falangistas han quedado demasiado patentes para que puedan ocultarse...

“Ustedes acariciaron una España Grande; en sus ensueños de ilusiones vieron ensancharse las fronteras patrias hasta Orán. Nosotros nos encontramos con una España disminuída en Marruecos. Soñaron una España Una y nos legaron una España pulverizada y atomizada espiritualmente y disuelta por el odio. Soñaron una España Libre y nos legan una España sin apenas más que la hogaza conque mantener nuestra hambre, no economía saneada conque poder mantener con dignidad la independencia nacional”.

### XIII. EL ERROR DE SUBESTIMAR LA POTENCIA DE LA DICTADURA

---

Sería un error pensar que la dictadura es sensible a estas manifestaciones del descontento. Nada de eso. Mientras la oposición estuvo reducida a sus antiguos adversarios, las leyes represivas dirigidas contra ellos fueron acondicionadas a la naturaleza especial de esta acción. Pero cuando el descontento asumió manifestaciones más generalizadas en todos los ambientes, la dictadura forjó la nueva *Ley de Orden Público*, de fecha 21 de setiembre de 1960. Esta ley acude a todas las brechas y está intentada como un seguro de vida para el régimen. Veamos su artículo segundo:

*“Artículo segundo.* — Serán considerados reos de delito de rebelión militar de acuerdo con el número quinto del artículo 286 del Código de Justicia Militar y penados conforme a lo dispuesto en ese Código:

“1º — Los que difundan noticias falsas o tendenciosas con el fin de causar trastornos de orden público interior, conflictos internacionales o desprestigio del Estado, sus instituciones, gobierno, ejército o autoridades.

“2º — Los que por cualquier medio se unan, conspiren o

tomen parte en reuniones, conferencias, manifestaciones con los mismos fines expresados en el artículo anterior”.

La respuesta a un estado de opinión nacional no busca los caminos normales de la enmienda al fracaso y al descrédito. La respuesta es un insolente desafío a España. Prácticamente todos los actos derivados del disgusto a la dictadura caen bajo la calificación de rebelión militar y pasan a ser juzgados como tales por tribunales de venganza.

No es, sin embargo, una señal de fortaleza la que emana de esta ley. Que después de un cuarto de siglo de dominio absoluto la dictadura tenga que hacer extensivas las leyes especiales promulgadas contra los sectores de avanzada a toda la sociedad española, es señal de debilidad, paladina confesión del fracaso del intento de integrar la nación en un sistema de unidad fundado en la obediencia mecánica bajo el régimen de partido único al jefe predestinado.

La unidad de la nación se está produciendo con penas y esfuerzos, pero al margen del sistema y dirigida contra él. Tiene su base en el impulso, casi biológico en su esencia, a sobreponerse a la parálisis que contiene el despliegue de las energías de nuestro pueblo y lo aísla de la marcha del mundo circundante; en la necesidad de alcanzar la libertad. “Dadnos las herramientas y cumpliremos nuestra tarea”, gritaba Churchill cuando Inglaterra se erguía solitaria frente al poder de Hitler. Éste es también el grito que brota de España, esto es lo que el interior necesita por encima de todo.

Pero sería una grave equivocación subestimar las fuerzas de la dictadura pensando que su caída es fácil. Demasiadas ilusiones se han abrigado y demasiada confianza se ha depositado en la ayuda ajena. Estas esperanzas infundadas han obrado como narcóticos sobre la voluntad de acción. No podemos tam-

poco transferir a nadie la responsabilidad que nos incumbe. Nadie nos dará las soluciones hechas. La tarea es nuestra.

Para los españoles y con referencia a nuestro problema interno, la segunda guerra mundial se decidió a favor del fascismo. Franco tiene asiento en las Naciones Unidas y es apoyado económica y militarmente por los Estados Unidos. Al mismo tiempo este país pretende ostentar la jefatura del mundo libre, pretensión para la que está moralmente descalificado y que introduce además una profunda confusión en cuanto al significado y alcance de la democracia. Si la democracia se presenta con dos rostros, siempre el peor será el verdadero. También tiene su versión en política la ley que establece que "la moneda mala desaloja a la buena". Esta ayuda alienta y sostiene la unidad del clan dirigente. Sin ella, sus fuerzas se habrían disociado a estas alturas. Por otra parte, nuestro pueblo, la gran víctima, no cuenta en las cancillerías extranjeras, y hay que interrumpir todos los juegos malabares al respecto. Éstos nos debilitan y nos alejan de la verdadera tarea. Aunque a la dictadura no le queda más sostén que el de la fuerza bruta, ésta dista mucho de ser desdeñable. Enfrentarla seriamente exigirá de todos comprensión, inteligencia, energía y heroísmo.

La salida está en la acción organizada contra la dictadura. Es la acción la que obligará a los demás a optar entre Franco y España. Cuando España organice su juego amenazando con jaque continuo las posiciones del adversario se nos tomará muy en serio. Entonces contaremos con firmes ayudas adicionales, que no tienen que proceder necesariamente de las cancillerías. El mundo es ancho y diverso, abundan en él las fuerzas libres, pero hace falta sacudirlo y conmoverlo con la dinámica electrificante de los hechos. Sufre un empacho de palabras que van vaciándose de significado.

#### XIV. UNA GRAN FUERZA ESPAÑOLA A MOVILIZAR: EL EXILIO, RETAGUARDIA DEL FRENTE INTERIOR

---

Una gran fuerza española permanece en el exilio prácticamente segregada de estas inquietudes. En el exilio, la evolución de los acontecimientos tomó rumbos distintos con relación al interior. Buena parte de los exilados retienen en las pupilas el cuadro de la España que abandonaron en los momentos de la derrota. La historia dejó de ser en sus mentes un devenir flúido que contiene en sus movimientos su propia dinámica. Perdido el contacto con el ambiente formativo, entendieron nuestro porvenir como un ajuste automático con el pasado.

Los deseos suplantaron a la realidad en las mentes y ocuparon su lugar. Se produjo la dispersión y perdieron terreno las necesidades de la lucha conjunta a favor de las preocupaciones puramente doctrinales. Con su gráfico y contundente estilo, Sender ha definido así la situación: "En lo que se refiere a España y a los problemas del día (de ese largo día accidentado que comenzó al salir nosotros de España en 1939), es difícil la unidad porque todavía quedan algunos jefes de cábila que según la vieja moda se pasan la vida contemplándose el ombligo y creen que ese ombligo, además de ser el suyo, es el centro del mundo". Todo esto tiene su explicación, pues entre el

interior y el exilio se alzan los Pirineos como línea divisoria entre los que están en contacto desnudo con el enemigo y los que, desarraigados de la tierra natal, pierden el contacto con la realidad. Pero la explicación no puede satisfacernos ni a los unos ni a los otros. Hay que reducir esta discrepancia a líneas convergentes ateniéndonos a las necesidades de la evolución de la vida española.

Las nuevas generaciones no conocieron la guerra civil, ni conocen más que de manera fragmentaria y frecuentemente deformada los ideales y las esperanzas que entonces tuvieron inmenso prestigio. La corrección de actitudes en el exilio tiene que venir de una toma de contacto con la realidad interior. De la convicción de que, en última instancia, el drama que vive nuestro pueblo tendrá su desenlace en el área peninsular, de que los actores están ya en sus puestos pisando el terreno de la escena y desarrollando roles que no se ajustan a textos escritos de antemano. Es hora de correr en auxilio de los protagonistas del drama.

En el exilio la cohesión interna de los movimientos viene dada por sus respectivas configuraciones ideológicas, puesto que los demás elementos de cohesión se debilitaron al estar desarraigados los núcleos de la emigración del ambiente y de la sociedad en que nacieron. Pero no hay posibilidad de libramientos para el cobro de herencias en el futuro a los que no sientan el imperativo de la solidaridad y se aparten del terreno de la acción. Sólo venciendo a la dictadura y retornando a España se posibilitará una renovación de los respectivos movimientos, de sus ideas y modos peculiares de expresión, en enlace vital con la realidad peninsular.

El exilio tiene que cumplir su tarea. Es una gran fuerza de la que el interior necesita, y debe serle brindada sin cálculos ni titubeos en el reconocimiento del espíritu de ofensiva que

demandan los momentos actuales. Pero este recobramiento del espíritu de ofensiva sólo puede venir de la compenetración con las necesidades de España y de su restitución al primer plano de nuestros pensamientos e impulsos; de nuestra casi instintiva aptitud ibérica para sentir más que para analizar lo que conviene; de nuestra constitución como reserva de energías hasta ahora inoperante, enlazada con el interior y constantemente fortificada en el ejercicio de la lucha por la libertad de nuestro pueblo. En otras palabras, debe constituirse en retaguardia del frente interior, en su punto de sostén, llamada a aportar la gran fuerza de que dispone y a ser la promotora y canalizadora de todas las ayudas morales y materiales de los amigos que en el mundo tiene la democracia española. Es el espíritu que brota de la entraña de nuestro pueblo el que deben recoger y levantar como bandera común de inspiración en la lucha todos nuestros amigos.

No colocar la liberación de España como objetivo previo a los demás significaría para los movimientos del exilio que así procediesen su autosuicidio. Nadie puede segregarse de su medio de vivir exclusivamente de recuerdos. La separación de caminos a que antes hemos aludido debe ser cancelada en un reencuentro fecundo para todos. España acabará finalmente por rescatarse a sí misma, y los que no sientan el imperativo de la hora, los que no reaccionen positivamente a la humillación y al dolor de un pueblo bajo la dictadura quedarán como residuos marginales en la corriente de vida que un día anegará las represas del franquismo. España nos llama y nos aguarda.

La debilidad crítica de la oposición en el exilio consiste en que no tiene ante ella grandes tareas que la vivifique, pues la llamada oposición no es un conjunto ni se ha fijado en común una misión a realizar. La continuidad de los movimientos, rota para el exilio en 1939, sólo puede restablecerse pisando con

nuestras plantas el suelo firme de una España renovada. Allí quedaron nuestras raíces. Pero esta perspectiva cada vez más acuciante implica aceptar las necesidades y las responsabilidades de la lucha e incluso destacarse e impresionar la imaginación de nuestro pueblo con el vigor en la acción y la capacidad para el sacrificio. Nuevas generaciones están en marcha, y resulta a todas luces evidente la necesidad de llenar el vacío de estos años de ruptura de la continuidad histórica peninsular. No se van a detener porque les falte la mano fraternal del exilio. Vivirán su propia aventura y recorrerán el camino trazado por sus propias pisadas. Enlazar con ellas y aportar nuestra fuerza y experiencia es un simple dictado del sentido común.

En tanto que la meta perseguida sea la libertad de España, hay en las tareas un lugar para todos los de dentro y de los de fuera, y este lugar hay que ocuparlo o declararse meros espectadores del drama. La manera única de moldear las situaciones es obrar sobre ellas. Renunciar a la acción es renunciar al porvenir. Los que entreguen más en la lucha e impresionen más hondamente con la generosidad conceptual de su pensamiento a las nuevas generaciones, que llegan trágicamente aisladas del fondo común de experiencias, serán escuchados en el porvenir y ejercerán un magisterio conquistado con el valor y la fuerza persuasiva de las soluciones a la reconstrucción de la España que está llamando a nuestras puertas. Cuando el franquismo se encuentra virtualmente huérfano del apoyo de movimientos de opinión y no le queda más soporte que el uso desnudo de la fuerza, aún encuentra otro pilar en que apoyarse: el pilar de nuestro temor a buscarnos y entendernos para la misión que nos aguarda. Este temor ha producido ya bastantes males. Es hora de conjurarlo como se conjura un fantasma que no tiene más realidad que la que le confiere nuestra mente desconfiada. Espíritu de lucha y sacrificio es la instancia clave de este instante.

## XV. LOS COMBATIENTES DEL INTERIOR EN LA BRECHA

---

Reproducimos a continuación parte de un extenso llamamiento de militantes de la CNT y de la UGT que sufren prisión en un penal de España, cuyo nombre omitimos por razones elementales de seguridad. Aunque sus autores sufren fuertes condenas por su acción contra la dictadura no piden nada para sí. Analizan la situación y señalan las direcciones de la lucha, condensando sus palabras el espíritu dominante en el interior:

“...Esto nos lleva a considerar que las palabras clave para el presente son: voluntad y acción. Sin la actualización de estos vocablos en el terreno de la lucha activa contra Franco, las glorias pasadas pueden volatilizarse y serán dudosas las posibilidades de un porvenir libre y decoroso para todos. Algunos jóvenes nos lo dicen. *Nada que no se revalde en la lucha presente merecerá supervivir.* Si nosotros, revolucionarios, demócratas, no aspiramos a influir decisivamente en el futuro de España, lo expresado no hallaría eco en nuestra conciencia. Pero aspiramos a construir una España libre y democrática, proyectándonos todos y cada uno con arreglo a conceptos propios; a purificarla de gérmenes totalitarios, liquidando la he-

rencia espiritual de la dictadura; a enseñar a los jóvenes el camino donde confluyen la eficacia y la libertad. Ahora bien, compañeros, esa proyección debe comenzar hoy, sin demora; deberíamos haberla iniciado ya.

“De lo expuesto resalta la confusión, la inquietud de los medios obreros. En lo profundo hay una gran efervescencia: o esa efervescencia la canalizamos nosotros, o la canalizan otros. Poseemos el vehículo de esta necesaria canalización. Se llama Alianza. Alianza obrera UGT-CNT (se alude a la Alianza recientemente reconstruida en Francia, que ya existió anteriormente en dicho país. En el interior funcionó en diversas etapas de la acción conspirativa. Su necesidad en España estuvo siempre presente en la mente de los hombres de las dos centrales sindicales hasta el punto de producir una identificación de conductas sin la existencia formal de órganos oficiales de expresión). Es necesario —continúa— impulsarla en España de cara a las realidades concretas que se desarrollan en la calle, en el campo, en los talleres, en las fábricas. Urge hacerla carne en los lugares de trabajo. Sólo nuestras organizaciones sindicales pueden orientar la lucha de los trabajadores sin hipotecarlos a algo, la lucha contra las empresas, contra los jefes sindicales, contra la confusión de toda laya. Ellas pueden salvar el sindicalismo de la clase obrera y sus proyecciones sociales y políticas. La agitación obrera, orientada por la CNT y la UGT en el interior, puede ser elemento fundamental en la oposición activa, económica, política y social necesaria para contribuir a derribar el régimen de Franco. De aquí la satisfacción con que hemos acogido la noticia del pacto sindical firmado en la emigración. Con todo entusiasmo os invitamos a su eficaz y rápida implantación en España, donde los cuadros sindicales tienen aún sólidas bases.

“Sabemos que las dimensiones del problema español desbor-

dan la órbita de la cuestión obrera, considerada en exclusividad. Otros problemas políticos y sociales rebasan su marco. Tales problemas no podrían aprehenderse sino por encima de particularismos de grupo, en un plano de entente con todos los grupos de proyecciones afines, al menos en lo momentáneo. Por esta razón nos vemos obligados a pensar en el complemento de lo que llamamos pacto UGT-CNT, es decir: un frente o alianza antifranquista que asumiese en el exterior y en el interior la dirección y la responsabilidad suprema de la lucha contra el régimen, englobando la acción de los partidos y organizaciones con voluntad de abrir cauces de libertad para España. Y esto, subrayamos, debería, deberá ser, como en el caso de la Alianza obrera, operante. Debería estar accionado por móviles claros, concretos, que acaso podrían reflejarse en un programa mínimo, a mantener hasta la caída de la dictadura. Esta alianza dinámica podría señalar, e incluso labrar, un cauce determinante del porvenir de España, neutralizando los efectos que aun después de su caída dejará el franquismo y promoviendo un clima de responsabilidad y de libertad en el que todos podamos contribuir a la transformación históricamente inaplazable de nuestro país”.

Los fragmentos reproducidos de este documento nos eximen de extendernos sobre las cuestiones que en el mismo se plantean. Reúne los dos elementos precisos para determinar sobre el pensamiento y la voluntad de acción de los hombres del interior. Expresa en primer lugar sus ideas y sentimientos con máxima claridad y sobria sencillez. Sería muy raro descubrir una voz discrepante con lo que aquí se expone. Por otra parte, y es éste el segundo aval de importancia, los juicios son formulados por hombres que sufren largas condenas y que al cumplir con este acto de conciencia han desafiado el riesgo de nuevos procesos. Están en la brecha por encima de todas

las contingencias; por encima de su aislamiento penal continúan siendo combatientes fieles de la causa de la libertad de España. La voz que nos llega desde el fondo de las celdas de los presidios de Franco tiene el aliento de las grandes determinaciones y apela a nuestro sentido de la dignidad y de la responsabilidad personal y colectiva. Nos recuerda que vivimos en un mundo muy real, en el que no podemos dejar de marchar, y tenemos que hacerlo hoy y no mañana, con el hombre actual y con los elementos actuales. Reactualizando nuestro concepto de la libertad para que ésta sea una fuerza viviente y no barrera opuesta a la exploración constante de los nuevos caminos, lecho de Procusto de concepciones rígidas.

## XVI. LA CNT ANTE LAS RESPONSABILIDADES EN LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA

---

La hora actual está cargada de responsabilidades para todos. Pero éstas se acentúan de manera especial para aquellas que tuvieron hasta la derrota en la guerra civil una gravitación decisiva en los destinos de nuestro pueblo al establecer las grandes líneas de un nuevo punto de partida, para los que son portadoras de un bagaje de ideas y experiencias y tienen, por lo tanto, un mensaje que transmitir. Entre estas fuerzas se encuentra la Confederación Nacional del Trabajo, movimiento fundamental para alentar y fortalecer la tendencia a soluciones que nos alejen definitivamente del envilecimiento de cualquier forma de dictadura. Ha actuado históricamente como fuerza de vanguardia en la empresa de emancipación social. Sus ideales traducen la naturaleza profunda del hombre, nacido para ser libre. Tenía, pues, nuestro movimiento que volverse hacia España y hacer de la causa de su liberación su propia causa.

El primer paso consistía en superar el largo período de confusión y de guerra interna con sus naturales efectos paralizadores. La unidad confederal ha sido restablecida. Éste era el punto clave en torno al cual giraban las posibilidades de despliegue articulado y global de sus energías. Ahora habla nue-

vamente a CNT con una sola voz, clausura quince años de frustración, reúne sus fuerzas dispersas y traspone resueltamente el umbral abierto al porvenir.

El segundo paso, derivado del anterior, ha sido dado sin pérdida de tiempo. Consiste en el restablecimiento de la unidad de acción con la UGT. El programa conjunto concertado entre las dos centrales sindicales aborda sobre líneas claras y realistas los problemas de la lucha contra la dictadura y del período subsiguiente a la liberación. Ambas decisiones están dictadas por la necesidad de insertarse en la vida de nuestro pueblo e influirla dinámicamente. Representan un intento de considerable alcance para ayudarle a encontrarse a sí mismo y mostrarle las direcciones fundamentales de los viejos impulsos que, entendidos como principios activos y no congelados en dogmas herméticos, permitirán hallar soluciones de justicia social y libertad creadora en las horas de reconstrucción que se aproximan.

Un tercer paso en la misma dirección ha sido propiciado públicamente. Consiste en dar vida a la alianza para la liberación de España con la integración en un solo organismo rector de todas aquellas fuerzas que desde distintos ángulos de pensamiento y acción sienten la misma tensión frente al drama peninsular y tienen en común el mismo anhelo liberador. Consideramos que esta empresa demanda de todas las fuerzas políticosociales del interior y del exilio la máxima generosidad y lealtad. Son indispensables prácticas de tolerancia mutua entre todos los sectores antidictatoriales llamados a entenderse para encarar las responsabilidades de la lucha conjunta. Es indispensable también que se percaten de que las prácticas de convivencia y solidaridad pueden extenderse al futuro como una exigencia de los hechos que sucedan a la caída de la dictadura. Serán precisas muchas acciones y expe-

riencias comunes antes de que la evolución social se plantee en términos disyuntivos.

Pero la acción de la CNT no queda limitada a su participación en la alianza sindical y en la más vasta, de carácter general. Tiene otros campos propios en que desenvolver sus energías. Rendirá servicios mejores en todas las formas posibles de acción en la medida en que sea capaz de organizarse con vistas a una articulada proyección de sus energías. En este sentido consideramos importante eliminar la dualidad de dirección actual, exilio e interior.

La CNT debe ser regida por un solo organismo. Esta necesidad viene naturalmente impuesta por la nueva situación que hace de ella una sola unidad dentro y fuera de España, pero que tiene la obligación de volver el rostro hacia el interior, compulsar la realidad peninsular y coordinar la acción con la máxima eficacia y economía de fuerzas, que deben ser inteligentemente administradas para que rindan el mayor provecho. Si la CNT afirma su voluntad de obrar en esta dirección no puede haber ninguna dificultad en que nuestro movimiento interior y exterior acepte la responsabilidad de reducir a cero esta dualidad entorpecedora, que puede, en determinados momentos, crear la confusión y amenazar una unidad de lucha de la que estamos altamente necesitados. En el bien entendido de que unidad de acción no significa rigidez de acción. Esta unidad debe valorar las exigencias de la lucha en sus justas dimensiones y englobarlas en una visión panorámica del conjunto de los problemas actuales, permitiendo la necesaria libertad de maniobra.

A nuestro juicio, el organismo superior único que demandamos debe residir en el exterior. Las razones son claras y están avaladas por la experiencia. A nuestro movimiento interior no le es dado desarrollar una labor sistemáticamente continua-

da a cargo de comités nacionales que asuman la orientación del esfuerzo conjunto. Las continuas caídas de comités nacionales nos condenan en el interior a una permanente labor de Sísifo, a un continuo volver a empezar desde el principio la ruda tarea. Los que luchan en contacto desnudo con el enemigo pagarán siempre su tributo de sangre y dolor por su valeroso esfuerzo. Es inevitable por la misma razón que la existencia de un solo organismo rector con residencia en España nos condene de hecho a la debilidad, extendiendo al exilio los mismos factores periódicos de desorganización e incertidumbre que traban nuestro desarrollo en la península. Las exigencias de una vigorosa y sostenida línea de orientación y actividad determinan automáticamente que el exilio sea el lugar de dirección de la CNT reunificada. La vigencia de la alianza sindical y la constitución de la alianza general para la liberación de España, que habrá de realizarse, refuerzan esta necesidad. Las tareas se desarrollarán con ritmo y amplitud creciente, exigiendo la máxima concentración y unidad de esfuerzos. Integradamente al mismo tiempo nuestro órgano rector por representantes directos de España y en contacto permanente con la misma en las tareas de cada instante, el resultado será una nueva perspectiva para el exilio, la única que le devolverá a su misión natural de retaguardia y reserva de energías del frente interior, al que permanecerá unido en la fraternidad de la lucha.

Otro problema que nos afecta específicamente, y que puede tratar la CNT por sí misma o en conjunto con la UGT a través de los órganos de enlace constituidos, es el de la herencia sindical del régimen en la hora del cambio. Nos afecta en nuestra condición de movimiento obrero que aspira a reconstruir su antigua ascendencia y a modelar el destino futuro de España. Sabemos que los sindicatos verticales no son libres, que implican una forma de asociación obligatoria sin contenido vital,

que no son representativos. Constituyen un aparato burocrático cuya dirección ejerce Franco a través del jefe nacional por él designado, sin otra misión que ejecutar las decisiones de la dictadura. Pero incurriríamos en un error de graves consecuencias si pensáramos que se disolverán como la sal en el agua cuando la dictadura desaparezca. Se erguirán en el camino de las sindicales libres, del movimiento obrero consciente de su calidad de embrión de la nueva sociedad.

Dejando de lado sus ingentes estructuras deshumanizadas que les convierten en presa ideal de fuerzas que aspiran a manejarlos como instrumentos de presión y de poder (en su seno se libran ya oscuras batallas por el futuro dominio de los sindicatos), aparecen éstas como parte básica de la trama del sistema de jubilaciones, de los seguros de enfermedad y accidente con sus clínicas asistenciales y sanatorios, de los economatos sindicales, del plan de vacaciones con sus respectivos centros veraniegos, etc. Y en alguna medida están ligados a los institutos de capacitación profesional y universidades obreras. Son estas actividades que han de proseguir, orientadas con un espíritu nuevo.

¿Cómo aislar estas funciones independizándolas de la estructura sindical centralizada, cuya permanencia sería un peligro cierto para un movimiento obrero auténticamente libre? Un principio de solución sería la transformación de las actividades señaladas de seguro, jubilaciones, vacaciones, etc., en servicios organizados en forma mutualista, independientes de los sindicatos. En un tipo de solución semejante sería posible hallar el apoyo efectivo de los personales técnicos especializados, que encontrarían estimulante tener voto decisivo y responsabilidad directa en la administración de dichas funciones. En la situación actual son simples funcionarios de un aparato sin alma. El acceso a los beneficios de estos servicios y el poder de in-

fluirlos humanizándolos y mejorándolos sería garantizado a todos los productores, sin la obligación de pertenecer a un sistema sindical único, que seca las fuentes del idealismo y reduce al trabajador a la condición de partícula inerte de una masa dirigida. Rozamos simplemente el problema, que debe estudiarse en su articulado conjunto con la militancia del interior, la cual tendrá seguramente criterios positivos derivados de su cotidiana experiencia.

Por el lado puramente sindical existen formas de actividad que sin chocar con lo expuesto podrían servir de palanca para remover dificultades. Una de ellas es obrar a la vez desde dentro de los sindicatos verticales mismos, ganando la confianza de los trabajadores en un contacto directo y permanente, reivindicando mejores condiciones de trabajo, asumiendo su defensa y representación en los cargos de base que son los únicos electivos, reclamando el derecho de los trabajadores a dirigir los sindicatos, ejercitándolos en este pensamiento y asegurando su apoyo al renacimiento del movimiento obrero libre. Los hombres de la CNT deben estar al lado de los trabajadores doquiera éstos se encuentren, en el campo, en la fábrica, en el sindicato, aportando su inspiración y señalando las vías de salida a la sumisión física y mental. Tal actividad viene incurra en las condiciones de la lucha conspirativa. De lo contrario se corre el grave riesgo de que el futuro sea bien distinto al que imaginamos en nuestras mentes. El fruto viene dado por la simiente, pero ésta hay que lanzarla al surco en los actos de cada instante. Nuestro movimiento debe fijar posiciones con rapidez mediante un ajuste táctico a las condiciones impuestas por la realidad. No podemos desdeñar la creación de fuerzas energicas de opinión y sostén en los propios reductos del enemigo. Fuerzas sustraídas a los intentos de monopolio sindical y dominio del futuro realizados por enemigos que se alzarán

fieramente contra el resurgimiento de un movimiento obrero que afirme la identidad del socialismo y la libertad.

Pasemos a otro aspecto importante, derivado de nuestra constitución peninsular.

No podemos predecir el futuro, que escapa a todo intento de definición. Sabemos, sin embargo, que ciertas tendencias del mismo están prefijadas en los pensamientos y sentimientos actuales. Sabemos que España tendrá que reconstruir sus instituciones adoptando como ideal político la forma de una federación de pueblos ibéricos, so pena de dejar en pie serios motivos de discordia. Creemos que el federalismo presidiendo las relaciones de los grupos sociales marcaría un comienzo venturoso, acorde a las características de nuestro pueblo.

Ciñéndonos a lo hacedero inmediato, parece incuestionable que el renacer de España tendrá que fundarse en el reconocimiento pleno de Cataluña y el País Vasco al autogobierno. En la imposibilidad de extendernos, ejemplarizaremos la situación a través del caso de Cataluña. Sus aspiraciones a regir su propia vida, agudizadas por los intentos desnacionalizadores de la dictadura, constituyen un hecho que no podemos ignorar. La caída de Franco implicará la restauración de las instituciones catalanas que caracterizan a la nación. Partiendo de la gran suma de posibilidades que la restauración de la Generalidad ofrece como sucesión a la liquidación de la dictadura, la CNT debe a nuestro juicio permitir a la regional catalana definir en este sentido sus preferencias, tomar contactos con vistas a una unidad de acción conjunta y asegurar por los méritos de esta acción que el renacimiento de las instituciones de la Generalidad venga teñido del más generoso sentido de justicia social.

La independencia de las organizaciones regionales para contraer alianzas en el marco que les es propio con movimientos de signo nacional no está en contradicción con las alianzas de

tipo general, y esta independencia debe ser alentada como un poderoso elemento de acción que multiplica los frentes contra la dictadura y afirma en todas partes la fuerza de la libertad. Nuestro fundamental federalismo ha manifestado siempre su aversión a todo centralismo y ha visto en la limitación del alcance de las estructuras muchas más posibilidades de liberación individual y social que en las grandes concentraciones de poder político y económico. Una España joven con su propio mensaje que transmitir y su propia experiencia como ejemplo será siempre aquella España que se renueve y organice en la diversidad, siguiendo sus tendencias históricas y naturales. Nunca lo será una España sujeta a un poder central uniformador y paralizante. En la península se dará más o menos a breve plazo una posibilidad de reorganización, y es para nosotros evidente que esa posibilidad debe aprovecharse adoptando el modo de organización que viene dado por la evolución histórica, cultural y social de sus regiones. En algunas gravitarán fuertemente los sentimientos que la dominación franquista ha exacerbado, que sólo pueden remansarse y enmarcarse solidariamente en el plano de la comunidad peninsular por medio del autogobierno y un alto grado de comprensión de sus estados anímicos. Es la forma de avanzar hacia estados de integración cada vez más perfectos, respetando los valores que en interacción recíproca dan a la vida amplitud de contenido y libertad generadora de poder de creación. Actuemos para dar a estas tendencias direcciones convergentes y complementarias, a modo de cuadro en el que toman forma y vida los colores combinados de la paleta del pintor.

No olvidemos que Cataluña ha influido más en la emancipación de España por su acción revolucionaria independiente, como ejemplo y estímulo en otras regiones, que por la acción

supeditada al conjunto peninsular. Recordemos su réplica al levantamiento franquista, sus realizaciones de avanzada en la guerra civil, la influencia irradiante de sus actos. En aquellas circunstancias, Cataluña y la Confederación representaron fases inseparables de una misma realidad. Resucitemos el espíritu que hizo posible la grandeza de aquella etapa admirable de heroísmo y capacidad creadora, terminando con el aislamiento de nuestras regionales de sus respectivos pueblos de origen y creando verdaderas puntas de lanza de la acción. Se habrán acabado entonces los plazos que la indecisión se concede a sí misma. El calor de la acción forjará la herramienta segura que debe ser la Alianza general para la liberación de España, si ésta no hubiera trascendido hasta entonces del plano de las buenas intenciones al de la realidad de los hechos.

Hemos expuesto algunas de las tareas que exigen ser llevadas a la práctica y hemos hablado poco de las ideas, pues éstas son consustanciales con la acción. Las ideas tienen vigencia en la medida en que sus portadores obran sobre la realidad. Y la realidad primaria de España es sacudir el yugo de la dictadura que la asfixia. Los pioneros en esta lucha serán los pioneros del porvenir. No existen más derechos que los que se revalidan en el tenso esfuerzo de cada día. Confiamos en el instinto de combate de nuestros hombres para realizar la tarea que les incumbe al lado de nuestro pueblo, abriendo la marcha y explotando todas las brechas que minan la fortaleza del franquismo. La base común de los esfuerzos se condensa en la necesidad de restituir a España las libertades confiscadas por la dictadura. El grado en que estas libertades vengán penetradas de generoso espíritu de justicia social dependerá de la fuerza del impulso libertador. Es, pues, en este impulso, donde debe incidir lo más vivo y mejor de la tradición libertaria encarnada en la CNT.

## APÉNDICE: LAS HUELGAS DE ABRIL Y MAYO

Las páginas que anteceden estaban terminándose de componer cuando estallaron en España los conflictos obreros que son del dominio público. A fin de permitirnos unas consideraciones sobre los importantes sucesos que a lo largo de casi dos meses (abril y mayo de 1962) se mantuvieron en el primer plano de la actualidad mundial, nos vimos obligados a abreviar la última parte del esquemático resumen precedente, conscientes de infligirle una mutilación, pero conscientes también de que, al fin y al cabo, lo que más importa es la vida misma y las lecciones que nos ofrece.

Ha quedado señalada la transformación que se operaba en lo más profundo de la entraña de nuestro pueblo; destacamos las señales de esta transformación, que aflorando a la superficie bajo distintas formas de descontento dieron lugar en ocasiones a vigorosas huelgas obreras y estudiantiles. Resultaba clara la evidencia de que los españoles avanzaban paso tras paso hacia las condiciones que harían posible su liberación, y he aquí que esta evidencia ha adquirido un carácter rotundo que despeja toda incertidumbre.

Las huelgas de abril y mayo pasarán a la historia como el primer desafío en escala nacional que, con la profundidad y

amplitud de su fuerza, sorprendió la guardia de la dictadura y la arrancó su poder de iniciativa. Demostró más allá de toda duda que los españoles están resueltos a poner fin al sistema de tutela, hambre y opresión a que fueron condenados por la victoria fascista en la guerra civil. Las huelgas, a partir del chispazo inicial en la mina "La Nicolasa", se extendieron a toda la cuenca minera asturiana, y de allí saltaron a Vizcaya, Guipuzcua, León, Ciudad Real, Huelva, Cataluña y otras zonas de la península.

Los trabajadores no estuvieron solos. Les apoyaron en su magnífica gesta los estudiantes y los intelectuales. Estos últimos, refiriéndose a las huelgas y al silencio informativo con que se pretendió ignorarlas, tras protestar contra la rigurosa censura, manifestaron al gobierno en un documento: "Hombres de vocación intelectual, obligados a la orientación y a la crítica, hemos de pensar que nos comprometen (los acontecimientos) a alguna suerte de manifestación, ya que sería absurdo e inmoral que, por decreto propio, nos consideráramos ajenos y desligados de las realidades colectivas que nos envuelven. Nos es patente que el malestar social extendido en España constituye un problema grave al que corresponde un tratamiento de sinceridad incompatible con unas medidas silenciadoras o simplemente represivas. Es evidente también que la información a la opinión pública no se practica en España con la debida lealtad. Nos parece que sobre ambos puntos tenemos el deber de instar al gobierno y a la opinión, practicando una especie de mediación moral, que, prudente y enérgicamente favorezca el establecimiento de una situación más próxima al estado de libertad, justicia y concordia que hemos de desear para los españoles". Que la dictadura se halla divorciada de la opinión y de los sentimientos nacionales queda irrefutablemente puesto de relieve por esta coincidencia que por primera vez se manifiesta en nuestra historia entre obreros, estudiantes e intelectuales. Y también surge la

evidencia de que los trabajadores han actuado mancomunadamente, desde los que empuñaron las armas enfrentando al fascismo, en las jornadas de la guerra civil, hasta los integrantes de núcleos de reciente formación y diversidad de credos políticos y sociales.

Asturias nos dio en 1934 el primer ensayo español en vasta escala de revolución socialista. Aun vencida, dejó en herencia el experimento de la alianza sindical CNT-UGT, es decir, la lección de la responsabilidad conjunta del movimiento obrero en las tareas de transformación de la sociedad. La lección fue bien aprendida y rindió los mejores resultados en las realizaciones sociales de julio de 1936, en las que las esperanzas renovadoras de un pueblo alcanzaron su punto cenital. Es un buen augurio que haya sido también Asturias la que en estas fechas promoviera manifestaciones de descontento desencadenadas a lo largo y a lo ancho de la península, y que estas huelgas suscitasen manifestaciones tan señaladas de apoyo en los distintos sectores de la vida nacional. En este movimiento reviven la espontaneidad ibérica y las mejores tradiciones del movimiento obrero peninsular.

La génesis del conflicto fue económica. Difícil es imaginar la dureza de las condiciones de vida del trabajador español. Bajo la dictadura franquista, los salarios, por debajo de los niveles de los precios, han tocado los límites de lo intolerable. Se siguió una política general de salarios congelados, y los pequeños reajustes, que determinaban inmediatamente alzas desproporcionadas en los productos de consumo y en los alquileres, no pueden considerarse como modificaciones de esta política. Se desangra al productor real, a favor de los monopolios y de la especulación financiera, actividades que brindaron las mejores oportunidades de enriquecimiento desmedido a los jefes del régimen, a los colaboradores directos de Franco y a su propia familia. Los ingresos del trabajador son los típicos de los países

subdesarrollados, en contraste brutal con los obtenidos por los trabajadores de una Europa floreciente. La renta por habitante, que es en Inglaterra de 55.267 pesetas, en Alemania de 43.679, en Francia de 43.129 y en Italia de 24.168, es en España de 14.783 pesetas. Pero esta cifra, deducida de la ley de promedios que incluye a todas las categorías sociales en pie de igualdad, significa ingresos mucho más bajos para los trabajadores de la ciudad y del campo, especialmente para estos últimos, dada la brutal desigualdad social existente en España. Los salarios son realmente de hambre.

El obrero español se veía obligado para subsistir a buscar fuentes complementarias de ingresos en las horas extraordinarias, o a realizar tareas accesorias después del trabajo habitual, con lo cual la jornada de ocho horas era una burla, y se volvió en los hechos a los peores tiempos que marcaron el nacimiento de la Revolución Industrial. Y en cada familia, los brazos útiles disponibles eran igualmente empleados de acuerdo a las posibilidades ofrecidas por el mercado del trabajo. El éxodo de obreros al extranjero, evasión de la miseria y de las jornadas sin límite horario, adquirió un volumen importante, tanto bajo la forma de emigración controlada por el Estado como bajo la forma de fuga clandestina de los que buscaban en otros países condiciones más humanas de vida. Y es afrenta para el régimen que las aportaciones de estos importantes núcleos de emigrados nutran las arcas fiscales con medio centenar de millones de dólares anuales, pues acusa la diferencia entre las condiciones internas de vida y las que prevalecen en los países hacia los cuales se orienta el éxodo de trabajadores.

Esta situación empeoró con el plan de estabilización iniciado en 1959, que vino aparejado con la reducción del valor de la peseta; ésta bajó de 42 por dólar a 60, con la consiguiente elevación del valor de los artículos, especialmente de los compren-

didos en el sector de las importaciones. Los salarios, sin embargo, siguieron congelados.

La dictadura abrigaba la esperanza de alentar una vigorosa corriente de inversiones de capital nacional y extranjero en virtud de las disposiciones del plan de reactivación económica, pero tal hecho no se produjo al ritmo previsto, pues se había pasado por alto el factor psicológico, de confianza, y los presuntos inversionistas respondieron con cautela ante los riesgos implícitos en la falta de garantías de una dictadura visiblemente gastada y desprestigiada. Ciertas importaciones saltaron hacia adelante bajo el impulso oficial de reactivación y supresión de controles, quedando las exportaciones sensiblemente por debajo de las importaciones. El déficit se cubre en gran parte con los ingresos facilitados por la corriente del turismo, que constituye, con sus 500 millones de dólares en 1960, una cifra igual al total de las exportaciones. Este andamiaje económico incurablemente enfermo ofrece un flanco descubierto por el que pueden serle infligidas heridas mortales por los amigos de la democracia española. Nuestros compañeros de Suecia vieron claramente la situación al encabezar una firme campaña nacional destinada a desviar el turismo de las rutas peninsulares.

Volviendo al tema, el aumento de la demanda vinculado a los sectores inversionistas no ha servido para mejorar la situación del país. En la gran crisis económica que precedió a la segunda guerra mundial, con epicentro en los Estados Unidos, donde hubo 16 millones de parados, Roosevelt aplicó con fortuna la solución del refuerzo de la capacidad adquisitiva de las capas sociales más modestas. Pero en virtud de su propia naturaleza interna, la dictadura franquista es incapaz de propiciar soluciones que pudieran tender a la remodelación de las estructuras económicas que representa. El plan de estabilización, que produjo inflación y mantuvo los salarios congelados, determinó una merma en la capacidad adquisitiva de los trabajadores. Esta

disminución del poder de compra fue llevado aún mucho más lejos al aparecer la desocupación y aplicarse la falsa solución a la que se llamó "paro invisible", intento de ocultar la crisis real. La desocupación se absorbió con la supresión de las horas extraordinarias y la prohibición de realizar tareas al margen de la ocupación básica. El intento de reactivación se llevó adelante a expensas de los trabajadores, arrinconados entre la espada y la pared. Con su falta de flexibilidad y de visión para encarar los problemas emergentes del estancamiento material y mental a que fue condenada la sociedad española, la dictadura misma actuó como espoleta en la explosión del descontento, ya maduro, con que España ha saltado al primer plano de la actualidad mundial, reabriendo con un golpe de audacia la olvidada cuestión de su derecho a organizarse como comunidad libre de totalitarismos.

Aunque formalmente las huelgas que pusieron en jaque a la dictadura fueron iniciadas por causas económicas, su origen real reside en el descontento creciente contra la continuación de la misma, descontento que abarca, bueno es recordarlo, a las nuevas generaciones que no conocieron la guerra civil. El alcance y las repercusiones de esta oleada de conflictos que ensancha la perspectiva de las tareas que van a precipitarse —a las que hay que aportar ayuda material y moral continua, ideas y programas con encaje en la realidad que vive nuestro pueblo, que instilen en las formas cambiantes aliento social y libertario— es también social y político. Afecta globalmente a las condiciones de vida instauradas en la península por la dictadura, clamando por una total reorganización de la sociedad española para la que la supresión del franquismo es condición previa. Las exigencias de los huelguistas, gallardamente sostenidas y amplificadas al ámbito nacional desde su punto de origen, entrañan implícitamente la negación de la dictadura y de todas sus condiciones básicas. Esta es la consecuencia principal de la lucha, que ha contenido en sí

la afirmación en los hechos de la libertad de asociación y del derecho de huelga. Desde su nacimiento, la dictadura totalitaria que padece España hizo cuestión capital de la negación de estos derechos. El régimen se parapetó en multitud de medidas para destruir las organizaciones históricas del proletariado español y suplantarlas por los sindicatos verticales controlados, en los que la regla es la obediencia pasiva. Las huelgas, declaradas ilegales, fueron consideradas delito de rebelión militar. He aquí por qué los movimientos recientes hubieron de constituir necesariamente un ataque frontal contra la dictadura. Los obreros hubieron de actuar fuera y en contra de los marcos sindicales del régimen, desconociendo y desafiando la rigurosa legislación contra las huelgas. Encontraron la manera de manifestarse en forma de una onda expansiva, por sus propios méritos, sin la cubierta protectora de los organismos naturales de coordinación y sostén legalmente reconocidos en todos los países. Con su carácter multifocal las huelgas sorprendieron y paralizaron el poder de reacción de la dictadura, que no acertó, o no pudo, desplegar su aparato de represión. El gobierno jugó sus cartas con visible desconcierto, incluyendo entre sus medidas el silencio con respecto a la situación a través de la censura en las informaciones y la detención de centenares de opositores, pero no apeló a medidas extremas, su norma en muy importantes conflictos anteriores.

Esto no debe conducirnos a la ingenuidad de considerar que a la dictadura se le han caído los dientes. La lucha por derrocarla será dura y exigirá de todos fuertes sacrificios. Se prepara actualmente para no dejarse sorprender en su guardia en otras ocasiones y para aplicar sanciones atemorizadoras. En Madrid, a cargo del Gran Inquisidor del régimen, coronel Eymat, se está montando, según todos los indicios, un proceso nacional contra los supuestos responsables de las huelgas. Treinta detenidos han sido trasladados ya de Barcelona a la capital de España con este fin.

Pero es un resultado ineludible de las huelgas una mayor capacidad de nuestro pueblo para hacer frente a las posibles derivaciones de las mismas y para avanzar con paso resuelto, en acciones más vastas y coordinadas, hacia la consecución de la libertad. En la última lucha los españoles se han liberado de su peor enemigo, el temor; se han desembarazado de esta inhibición que en el fondo de cada conciencia ponía cortapisas a la acción. Han medido su fuerza, y a la vez se han percatado de la soledad real de la dictadura, pese a sus formidables aparatos represivos. Les alienta su resonante victoria. Después de veinticinco años, España, y de modo especial la clase obrera, vuelve a irrumpir en la historia y toma en sus propias manos la decisión de su futuro destino.

La gran experiencia que acaba de vivirse impele vigorosamente, además, a la constitución de un organismo general de lucha que multiplique la fuerza de las acciones aisladas y represente a la España en renovación. Ya se actuó unitariamente en las huelgas, volcando cada núcleo o movimiento, comprendida toda la gama de sectores opuestos a la dictadura, cuanto pudo dar de sí en la pelea. Pero es evidente que esta convergencia circunstancial no basta, que no puede demorarse la constitución de la gran alianza para la libertad a que aspira nuestro pueblo, y que su urgente necesidad está determinada por el impulso mismo desatado por los acontecimientos de que hemos sido espectadores.

Nadie puede negarse a aceptar esta responsabilidad de actuar en el seno mismo de la corriente de los hechos. No cabe la petrificación mental desprovista de perspectivas. No existen reversiones en la historia, que es proceso viviente, cambio continuo. La historia no tiene en cuenta a los remisos, sino a los que en la extrema vanguardia de la acción se convierten en fuerza señera del porvenir. Y a este porvenir hay que darle una base de partida, en la reconquista de las libertades fundamentales del hom-

bre y de sus asociaciones, en lozanas inspiraciones de justicia social, en la reorganización de España conforme a sus comunidades naturales, base ésta que hace posible la máxima convergencia organizada de los esfuerzos.

Por otra parte, las huelgas recientes, síntoma vigoroso del despertar de un pueblo, han creado internacionalmente situaciones ambientales de solidaridad que no tienen paralelo desde la guerra civil. Nuestro derecho a la libertad ha vuelto a ser reactualizado por la eficacia de la acción. Los trabajadores españoles han cosechado con su gesta manifestaciones morales y materiales de ayuda tan generalizada y espontánea que constituyen un verdadero aliciente en la prosecución de la lucha hasta sus últimas consecuencias. Ya no están solos en la empresa. Su gesta valiente produjo el deshielo en vastos sectores de la opinión mundial. En lo sucesivo contarán con la ayuda, nuevamente movilizada en su favor, de los amigos que en el mundo tiene la democracia española.

---

Se terminó de imprimir el día 15 de julio de 1962 en los  
TALLERES GRÁFICOS AMÉRICALEE, Tucumán 353 - Buenos Aires

autor de "La Libertad Creadora", y la conocida figura del autor del folleto, que se ha consagrado como uno de los pensadores más profundos de América, hacen de este opúsculo un verdadero exponente de extensión cultural.  
Un folleto de 64 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.

**10 BIOGRAFÍA SACRA,**  
por Luis Franco.

Una síntesis de la historia de las religiones, de su fetichismo, del origen de sus ceremonias y supersticiones oscurantistas. En estilo claro y preciso el autor desarrolla este proceso histórico y lo enfrenta con realidades que la Humanidad ha ido afirmando en evolución constante.  
Un folleto de 64 páginas .. ..... \$ 20.— el ejemplar.

**11 LA SOLUCIÓN FEDERALISTA  
EN LA CRISIS HISTÓRICA ARGENTINA,**  
por el doctor Juan Lazarte.

El fecundo y destacado luchador libertario enjuicia históricamente las alternativas del estatismo criollo y proclama la necesidad de una verdadera aplicación del federalismo, desarrollado a partir de la célula comunal, basada en el pueblo y estructurado de abajo hacia arriba, en oposición a lo que pretenden políticos y Gobierno.  
Un folleto de 48 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.

**12 LA REVOLUCIÓN POPULAR HÚNGARA,**  
por Autores Varios.

Hechos y documentos de la heroica insurrección del pueblo húngaro. Densa recopilación de elementos de juicio que disipan los infundios que se fraguaron en torno a ese acontecimiento histórico. La actuación de los Consejos Obreros, y la activa participación de intelectuales y estudiantes, dieron la tónica revolucionaria y popular al levantamiento contra la opresión comunista.  
Un folleto de 96 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.

**13 ALBORES DE LIBERTAD,**  
por Eugen Reigis.

Un conjunto de excelentes notas, comentarios y ensayos breves, que condensan el pensamiento del autor sobre distintos tópicos, escritos con la galanura y claridad que le son proverbiales.  
Un folleto de 96 páginas ..... \$ 25.— el ejemplar.

**14 BOLCHEVIQUISMO Y ANARQUISMO,**  
por Rudolf Rocker.

Documentada descripción de las fases principales de la represión contra los revolucionarios de avanzada en Rusia durante la gesta de los soviets libres. Concepción sobre el socialismo, la revolución popular, la dictadura de partido y la convivencia entre los sectores revolucionarios.  
Un folleto de 80 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.

**15 LA CONTRARREVOLUCIÓN ESTATISTA Y SOCIALISMO Y  
HUMANISMO,**  
por G. Ernestan.

Ambos ensayos se complementan perfectamente. Partiendo del estado de las ideas socialistas en la sociedad contemporánea, plantean una crítica objetiva y seria del marxismo, como ejemplo del máximo dogmatismo en que se ha refugiado el socialismo originario.  
Un folleto de 80 páginas ..... \$ 25.— el ejemplar.

**16 TESTIMONIOS SOBRE LA REVOLUCIÓN CUBANA**  
por Agustín Souchy

Parte de la escueta y dura realidad de la revolución cubana. Este trabajo es el fruto de las impresiones y observaciones de un hombre que ha dedicado toda su vida a estudiar sobre el terreno las más grandes experiencias sociales de este siglo.  
Un folleto de 72 páginas ..... \$ 20.— el ejemplar.